

CYBERTERROR

—RESET—

SPEEDWAGON 2024

ZAWARUDO-009

CYBERTERROR: RESET

Selección de:
DAI N. CASTILLO

CYBERTERROR -RESET-



CyberTerror: Reset
Selección de Dai N. Castillo

©Dai N. Castillo, Ariel S. Tenorio, Shonen Bat, Jesús Todemun, Connie Tapia Monroy, Dara Hincapié, Augusto Murillo de los Ríos, Gaspar Paredes, Eddie Mordred, Hamev, Carlos Echevarría, Edgar A. Villanueva Gallegos, Eva Van Kreimmer, Javier Fontecilla, Pablo Espinoza Bardi.

©De esta edición:
SPEEDWAGON S.R.L.
Para su sello editorial KANEDA
Jr. Cañete 7137- Of. 101 Lima 28, Perú
www.speedwagon.es

Dirección editorial: Javier Cuevas Castillo
Selección y prólogo: Dai N. Castillo
Diagramación: Josh Asto
Corrección: Luisa Molina Ruzicanin
Ilustración de Portada: “sci-fi character in black cloak with light spear standing against green explosion” por Grandfailure
Diseño de portada: Verspell y Roberto Castillo Zamudio

Primera edición digital, agosto de 2024

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2024-06099

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

*En memoria de Sandro Bossio,
y todas las luces que, desde sus ojos, iluminan el cielo.*

PRÓLOGO

Por Dai N. Castillo

¿Qué es lo primero que piensas cuando digo terror? Probablemente venga a tu mente alguna clase de monstruo arquetípico que busque tu destrucción física. Difícilmente pensaríamos en algo como un celular o una computadora. Resulta que siempre ha sido difícil definir qué es el terror, pues el miedo es algo tan inherente al ser humano que todas las culturas, incluso las que no poseen escritura (sobre todo estas) tienen relatos de miedo. Historias que apelan a los temores más viscerales de una sociedad o a sus tabúes más prohibidos. Actualmente no solo la literatura de género, sino también desde el cine o el manga se ha recurrido al uso de recursos que apelan a diferentes tipos de anormalidades. Es así que “CyberTerror” busca explorar el miedo desde el punto de vista tecnológico y las posibilidades que contiene. En la antología presentada, los textos están embebidos, en muchos casos, por viejos temores encarnados en objetos inanimados de apariencia humana que los hace inquietantes. Autómatas de metal, nacidos de programas informáticos creados para reflejar el cielo y el infierno y controlar los pecados de la humanidad. Las historias recopiladas en este libro tocan diferentes aspectos de la relación de los humanos con la tecnología y muestran las variadas manifestaciones del miedo que yace en el fondo de las mentes humanas. Te invito a sumergirte en los diferentes mundos que son descritos en esta selección de cuentos. Después de todo, todos podemos ser protagonistas de una historia de terror, porque en todo reside un vacío, un miedo primordial a la muerte. El terror está dentro de nosotros, nos persigue y nos perseguirá en nuestras pesadillas. ¿Estás preparado?

PLASMATRÓN

Por Ariel S. Tenorio

El mundo era una montaña de basura. Una corteza humeante y estéril poblada de ratas, insectos y gaviotas. En el epicentro de la devastación, en el tatuaje concéntrico donde se había librado la última guerra humana, aún quedaban vestigios de locura.

El Plasmatrón abrió su ojo de cíclope y realizó una rápida evaluación de los daños. Todavía le quedaba reserva de energía para unos cuarenta años. La explosión lo había dejado fuera de combate durante dos días y las esquirlas habían afectado el funcionamiento de una de sus patas traseras; además, el bloque de concreto que lo aprisionaba le había ocasionado una leve fisura en un costado con pérdida de fluido, pero nada de eso era grave. Lo que preocupaba al Plasmatrón era una cuestión de índole moral.

—¡Harlan! —exclamó—. ¡Capitán Harlan!

Activando un sistema interno de compensación gravitatoria, la máquina se enroscó sobre sí misma y levantó el peso que la oprimía. Una maraña de metales retorcidos y concreto chirrió y se desplazó hacia arriba primero y luego hacia un costado.

—¡Capitán Harlan!

Como si fuera un periscopio, el Plasmatrón giró el oscuro cilindro de su torso y contempló las ruinas que lo rodeaban. Viento y oscuridad. No mucho más que eso. La ciudad de Tres Corazones había desaparecido por completo. Una fina llovizna corrosiva salpicaba y horadaba los restos de hormigón y metal que se extendían kilómetros a la redonda.

—Aunque camine por el valle de la muerte, no temeré mal alguno —recitó, impostando la voz según el estilo de los ministros de las antiguas iglesias

de América del Norte. Una de sus gracias favoritas que era, sencillamente, una fracción de holodata encontrada entre los miles de millones que almacenaba en sus entrañas.

—Porque tú estás a mi lado, y tu vara de pastor me reconforta.

Comenzó a moverse hacia el sur a velocidad media, una araña blindada de media tonelada, de a ratos recitando versículos de la Biblia, de a ratos llamando a Harlan. A su paso, pequeñas alimañas intentaron huir aterrorizadas pero el mecanismo las fue vaporizando sin contemplaciones.

Al cabo de unas horas, se detuvo al pie de una estructura y comparó datos.

Efectivamente, en ese lugar había estado el edificio gubernamental. Ahora la madeja de hierros desnudos y calcinados se parecía de una manera siniestra a una de esas montañas rusas que tanto les gustaban a los humanos.

El Plasmatrón meditó unos segundos. Desde la pequeña cúpula espejada que conformaba su cabeza surgió un haz de luz titilante que taladró los nubarrones negros.

Esperó.

Recibió estática y luego silencio. El satélite se había dañado también. Desde su interior brotó un pitido que bien podía ser el equivalente mecánico de un insulto humano.

—¡Harlan! —gritó con los altavoces a máximo volumen, pero sólo recuperó los ecos de su propia voz rebotando en los escombros.

De pronto se le ocurrió una idea. Desde un boquete en el fuselaje de su barriga surgieron dos tentáculos equipados con pinzas que se pusieron a trabajar frenéticamente, su ojo único concentrado en remover piedras y vigas. Poco a poco, mientras la lluvia y el viento comenzaban a convertirse en una furia sorda contra su almacén, fue despejando el perímetro hasta que

encontró lo que buscaba. Una puerta de acceso de datos de código militar, con la pantalla hecha pedazos, pero con la fuente primaria intacta.

Sin dudarlo ni un segundo, extendió el cordón umbilical y activó la conexión. Primero hubo un parpadeo en el interior de su cerebro, luego un zumbido que le era familiar. Un mundo verde, traslúcido, inmaculado y perfecto se desplegó ante su vista. Pulsó los signos de identificación en el mapa y aguardó. La I.A leyó las coordenadas y respondió enseguida.

«Harlan Jonathan Smith, alias "Job". Capitán de regimiento tres de infantería. Muerto en combate hace seis días en la región de los parques. Avenida del Nuevo Anticristo y Megalenguas. Deterioro celular ochenta por ciento. Potencial motriz casi nulo. Potencial intelectual veinte por ciento».

El Plasmatrón recogió algunos datos más y cortó el cordón umbilical.

—Capitán Harlan —dijo—. Ya sé dónde encontrarlo.

Se dirigió al sudoeste bajo la tormenta, a paso firme y rápido. Evadió las zonas donde las bombas habían dejado cráteres del tamaño de estadios olímpicos y corrigió el rumbo con milimétrica exactitud. Cuando encontraba algún escollo que no podía rodear, simplemente trepaba por encima y continuaba avanzando.

Cerca del amanecer llegó a una zona industrial donde milagrosamente la artillería había dejado en pie la mayoría de los edificios. Vio cadáveres por doquier, soldados enemigos y aliados desparramados sin orden ni concierto. En las estrechas calles, aquí y allá, los cuerpos despedazados daban testimonio de la crudeza de la lucha.

«Vaya desperdicio de unidades orgánicas», pensó el Plasmatrón, y fulminó con un chorro de vapor a un perro que intentaba arrastrar su cuerpo herido lejos de allí.

—Falta poco, Harlan.

El ojo de la máquina atisbó a lo lejos los rayos débiles de un sol moribundo, una mancha de claridad en un cielo cubierto de cenizas.

—*Here comes the sun, and I say, it's all right...*—tarareó.

Continuó su avance hasta llegar a la región de los parques. Un espacio abierto donde antaño habían proliferado los más hermosos bosques y jardines, un pulmón verde que servía para oxigenar a la ciudad y que como consecuencia de la guerra se había convertido en un paraje infernal de trincheras y barro.

El Plasmatrón avanzó entre lodazales y zanjas, y comenzó a escanear los cuerpos. Cerca del mediodía, en una especie de fosa común infestada de ratas, encontró por fin el cuerpo del Capitán Harlan.

—¡Eureka! —exclamó, y en la cúpula espejada de su cabeza apareció un punto azul que tal vez connotaba algún tipo de alegría.

Con sus dos tentáculos articulados levantó los restos mortales de Harlan y lo examinó detenidamente. Luego lo acomodó junto a su torso como si fuera una madre acunando a su hijo.

«Para otro humano» pensó, «el aspecto de este hombre debe resultar repugnante».

Al capitán le faltaba el ojo izquierdo y tenía la mitad de la cara quemada. En un análisis más complejo, determinó que no sólo tenía una importante fractura en el lóbulo frontal derecho sino también la espina dorsal completamente destrozada.

El Plasmatrón extrajo una pequeña aguja y la introdujo en el lagrimal del ojo sano. Un líquido del color de la orina cabalgó directamente hacia el cerebro y en menos de tres segundos surtió efecto.

El Capitán Harlan abrió su único ojo y contempló a la máquina.

—¡Lo saludo, capitán Harlan! Unidad de rastreo y mensajería Clase B reportándose. El coronel Marcus le solicita que reúna a sus hombres de inmediato y los mueva hasta el distrito al otro lado del río. Repito. Debe usted reunir a sus hombres y retirarlos de inmediato de este punto. Mensaje terminado. Unidad Clase B permanece a la espera de respuesta.

Harlan gritó y cuando lo hizo, de su boca cayeron cientos de gusanos.

EL ROJO VERDADERO

Por Shonen Bat

Como todas las mañanas, las cortinas se abrieron a las 8 a.m., dejando entrar la luz con una intensidad inquietante, como si los cielos me estuvieran enviando una advertencia siniestra. En mi cuarto, como cada mañana, espero que los rayos del sol acaricien mi rostro y me despierten con las vibras renovadas, pero la luminosidad no llegó. Yo había permanecido conectado toda la noche, en el rincón más oscuro de mi habitación, obsesionado con el amanecer del 11 de junio de 2054, una fecha que se había convertido en un abismo de ansiedad insoportable.

Al fin, la noticia que había esperado con una manía decadente llegó. En ese periodo, me había deformado, aislado y quedado solo. Estoy seguro de que, si te hubieras cruzado conmigo esa mañana, habrías contenido la respiración para evitar que mi mierda se te pegara. Pero eso me importaba un carajo; la llegada de la Ecocarne a Perú era lo único que tenía valor para mí. Por eso allí me encontraba, en la cola del supermercado, rodeado de droides de entrega oxidados y ancianos arrugados. No podía esperar más. En un ataque nervioso, arranqué las cutículas de cada dedo con los dientes, jalando como si fueran abrefáciles ensangrentados a través de mis falanges, provocándome un punzante dolor. Pero en mi mente no había espacio para otro pensamiento; la idea de volver a consumir carne la inundaba, devorando mis pensamientos, consumiendo mis días, semanas e incluso el último año de mi vida.

Compré toda la Ecocarne que pude y salí del lugar con una ferocidad descontrolada, pronto mi fantasía empezó a pudrirse. Cuando al fin probé un bocado, me di cuenta de que no era en absoluto el sabor que añoraba. Mi larga espera, mi deformación, se manifestaron como un acto inútil. Mi obsesión

por aquel viejo sabor se escurrió entre mis muelas, dejando en mi boca un regusto amargo, un sabor a vacío que digería mi alma y se enquistaba en mis intestinos. Podía sentirlo al meter mi dedo medio en mi ombligo, una costra dura repleta de frustración. Era un tumor, una obsesión que se negaba a abandonarme desde hace años.

La decepción me mantuvo postrado en el suelo durante horas, contemplando el reflejo borroso de mi grotesca figura. ¿Cuándo me transformé en esta mierda llena de lipomas?

Para 2036, tenía once años, era un niño muy dulce para la familia en la que me tocó crecer. Los recuerdos de mi infancia son borrosos, pero uno me acompaña, un recuerdo que se filtró como un olor dulce y se encarnó detrás de mi oreja. Allí está, no es más grande que un grano, pero lo toco y recuerdo.

Después de la COVID19, el ZEBOV 24 y la TAFV 30, los humanos se aferraban desesperadamente a su humanidad. Si esto fuera una guerra contra los virus, podría parecer que estábamos ganando, ¿no es así? Éramos más que antes. Lima albergaba a más de veinte millones de infelices y otros millones se sumarían a esa cifra para cuando contemplase mi grotesco reflejo en la ventana. El consumo de carne se volvía cada vez más exclusivo, y la repugnante Ecocarne aún no hacía su entrada en el mercado, ya que el fabricarla aún no era rentable para las corporaciones. En aquellos días, todos estábamos condenados a meternos a la boca las sobras menos asquerosas que nos dejaban.

Por aquel tiempo, solía quedarme a solas con mi abuela, y en una de esas ocasiones, mientras ella preparaba el guiso picante sin nombre que siempre hacía, ocurrió un incidente excitante y perturbador. No estoy seguro si fue un accidente o si, de manera retorcida, la anciana esperó a que mis tiernos ojos se

fijaran en su afilado cuchillo para sembrar pus en mi alma. Aguardó el momento exacto para que yo presenciara cómo se fileteaba, casi por completo, su propio dedo con esa hoja afilada. No hubo un solo gemido; en su lugar, parecía estar satisfecha con la mutilación de su anular. Donde antes pendía su carne, ahora se curvaba un muñón ensangrentado, donde el hueso y su larga uña semejaban la garra sangrienta de un gato. Sin mostrar la menor expresión de dolor, la anciana me miró a los ojos y comenzó a mover sus labios rojos y arrugados, y antes de que pudiera correr me dijo: "Camilo, ¿sabes por qué la carne Kobe es la más sabrosa del mundo?" Al mismo tiempo que sus palabras llegaban a mis oídos, la vieja recogió el pedazo amputado de su dedo y lo selló en una sartén que esperaba ese momento. "Es porque las vacas mueren sin sentir dolor ni estrés, mueren felices..." Tras freír la carne, metió un pedazo a mi boca, y el resto lo mezcló con el guiso. Nunca se lo conté a nadie. Sin embargo, esa fue la comida más deliciosa de mi vida. No puedo evitar una erección mientras te cuento. ¡Mierda! Cada vez que lo recuerdo, el sabor se va perdiendo, se vuelve más lejano. Solo me queda pellizcar este bulto detrás de la oreja, la única evidencia tangible de aquel culposo episodio.

Las alarmas de la lluvia ácida me arrancaron del sueño. Miré hacia la mesa y allí estaba, la Ecocarne, como una pesadilla bastarda. Su perfecto envoltorio era una cruel ironía de mi obsesiva espera. Aún era de noche, el día no había terminado. Permanecer dormido en esa posición me había arqueado aún más, y mi desilusión se había convertido en una masa en mi espalda. ¡Un nuevo bulto! ¡Un dorsal disforme! Una manifestación obsesiva reflejada en la ventana. Me llegó al pincho. Tenía un plan B, por supuesto que tenía uno. Hace unos días había vendido el filtro de oxígeno de mi *microdepartamento*, aunque realmente no quería hacerlo. Sabes lo importantes que son los filtros ahora, no debería estar respirando esta porquería, pero eso ya no importa. Con

el dinero que me dieron, junto a los créditos que aún tenía, podría pedir una impresora de fibra animal. Son asquerosamente costosas, pero te permiten personalizar y obtener filetes de la criatura que desees. Incluso puedes comerte un maldito otorongo, y eso que se extinguieron en 2029.

A medida que se aproximaba el día de la llegada de la máquina, mi neurosis se intensificaba y los bultos de mi cuerpo se multiplicaban. En algunas de ellas, comenzaba a brotar pelo, mientras que otras parecían comunicarse en silencio. Una deformidad en la cara interna de mi codo se volvió tan grande que me impedía doblar el brazo sin dolor. Además, mi compulsión me llevó a jalar la piel de mis dedos hasta dejarlos completamente desollados. Dejé de dormir, alimentándome únicamente de Ecocarne cruda, cuyo sabor era una mierda, pero cocida era aún más intragable. La decadencia me había devorado, y cuando pensé que mi cuerpo no podría soportarlo más, la luz llegó esa mañana. La impresora estaba en mi puerta, junto a una nota de desalojo, una nueva posibilidad que despertó en mí la esperanza de volver a saborear mi recuerdo.

Te voy a contar cómo funcionan estas máquinas. Son una evolución de la impresión en 3D, pero en lugar de objetos, imprimen carne. La fibra impresa atraviesa un proceso acelerado de basculación que dura unos minutos y, cuando termina, una campana te avisa que tu filete está listo. Pasé toda la mañana instalando la máquina y leyendo el manual, una y otra vez. Usé la muestra de prueba que viene con la máquina, sonó la campanilla, pero el resultado me seguía sabiendo a mierda. No era el sabor que deseaba. Me pellizqué repetidas veces el bulto detrás de la oreja para revivirlo en mi lengua. Apenas podía saborear el recuerdo. La locura volvía a fermentar. ¿Realmente esta máquina de mierda podía satisfacer mis impulsos?

No esperé más. También encargué en secreto una cápsula recolectora de muestras. Un instrumento que se colocaba sobre la piel, uno presionaba el botón y extraía un trozo de carne. Creo que se utilizaban para exámenes médicos, pero en mi caso, era perfecta para extraer un pedazo de mí y colocarlo en la impresora. Tomé la jeringa y la ubiqué sobre el bulto detrás de mi oreja. Anhelando que el sabor que había quedado encarnado pudiera imprimirse de alguna manera. Presioné el botón y extraje un trozo de carne, el dolor me excitó. Me dirigí rápidamente hacia la impresora y deposité la muestra en su interior, mi obsesión había alcanzado un punto sin retorno, el abismo entre la cordura y la locura se estrechaba cada vez más. ¿O acaso será el filtro de aire?

La campana sonó una vez más, y me vi obligado a ingerir la fibra blanda que el robot me entregaba. Me encontraba despatarrado en la silla, incapaz de comprenderlo. Había logrado imprimir carne humana por quinta vez, mi propia carne, y, sin embargo, el sabor me seguía pareciendo una mierda, repugnante. ¿Acaso había idealizado demasiado mis recuerdos, o era que la carne de mi abuela era excepcionalmente deliciosa? El bulto que extraje de mi oreja y que usé para imprimir los primeros 5 kilos de carne que me comí, había acelerado frenéticamente la aparición de tumores más grandes. La brutal frustración de no poder reencontrarme con ese sabor adorado me estaba devorando desde adentro, y la desesperación me licuaba como un flujo de pesadilla. Casi como un reflejo busqué mis cutículas para arrancarlas, sin recordar que las había vendado tras mi último ataque neurótico, la piel de mis dedos pensé, quizás la respuesta siempre la tuve en mis manos.

Rebusqué entre los cajones más olvidados un cuchillo de cocina, y finalmente encontré uno que se asemejaba mucho al de mi abuela. Abrí las cortinas del microdepartamento, permitiendo que la luz inundara el lugar. Tiré con frenesí todo lo que estaba en la mesa, incluyendo la impresora, la cual

al caer reinició su funcionamiento y más carne brotó de sus fauces. Colocando mi brazo, el que aún permanecía libre de bultos, marqué la zona con un plumón. Sin miedo, tomé el cuchillo en la mano, excitado por lo que estaba por suceder. En mi cabeza, escuché un susurro: Mueren sin sentir dolor ni estrés, mueren felices, y con determinación. Rebané un trozo largo de mi carne. La sangre brotó y, en mi emoción, el pedazo blando resbaló de mis dedos. La luz de la habitación me permitió verlo con claridad, parecía moverse como una babosa roja. La tuve entre mis muelas, trague y sucedió: este era el sabor que había estado buscando, el sabor del rojo verdadero, no estoy seguro de cuántas veces repetí el proceso, sin sentir nada más que una erección. Mientras hacía un hueco en mi frente para poder saborear el hemisferio frontal de mi masa gris, me cagaba de risa al imaginar al desdichado casero descubriendo más tarde mi cuerpo mutilado, con el cráneo abierto y los sesos escurriendo por mi frente.

—¡Vamos! ¡Acelera, acelera! —espetó Susana dominada por el miedo, presionando cada vez más fuerte el cuerpo de Zy.

—¡Te escuché la primera vez! —replicó nervioso el escuálido joven, notando cómo las luces a sus espaldas dejaban de apagarse poco a poco—. Xy...

—¿Sí? —contestó al instante, dentro del casco de Zy, una voz tan femenina como inhumana.

—¿La... la base...? —balbuceó el joven tratando de concentrarse—. Alguna...

—No hay señales de ningún tipo, Zy. Lo siento, pero por ahora estamos solos.

—¿Y cuánto nos queda hasta la frontera? —prosiguió, tratando de mantener la calma.

—Lo siento, Zy, pero en nuestras condiciones actuales eso es algo que no podría estimar con certeza.

—¿¿Condiciones actuales?!

—Con el peso extra que significan tres personas más, aparte de tí sobre mí a toda marcha, el gasto de energía es mayor al que puedo procesar...

—¡Está bien, está bien! —Cortó Zy, apreciando de reojo los cálculos que aparecían en su visor—. ¿Cuáles son nuestras alternativas?

—Mantener el curso y prepararse para el frío.

—¿A qué te refieres?

—Según la información que recibimos, las criaturas no soportan las temperaturas bajo cero...

—Así que no necesitamos atravesar toda la frontera... —finalizó el joven.

—Sólo adentrarnos suficiente en las montañas y esperar a que las condiciones atmosféricas hagan los suyos.

—Susana.

—¿Sí? —balbuceó la fornida mujer.

—Tenemos un plan, ¿cuál es la integridad actual de tu uniforme?

—Yo... yo no recibí daño directo...

—Ya veo... ¿Y qué hay de Mei y Harold?

—Mei perdió el conocimiento por asfixia, probablemente una de las creaturas le tomó por el cuello; Harold logró salvarla y pidió refuerzos. Cuando yo llegué, algunos minutos antes que tú, este ya había recibido mucho daño y para cuando tú llegaste, ya había perdido el conocimiento...

—Entonces es probable que Mei no tenga problemas...

—¿Cuál es el plan? —inquirió la fémina, notando cómo la temperatura descendía drásticamente a medida que seguían.

—Avanzar lo más que podamos y esperar que el frío aleje a las creaturas...

—gruñó Zy, inconforme con tal paupérrimo plan.

—Supongo que podría servir —acotó Susana, tratando de mantener la calma—. Según el informe, las creaturas registraban casi nulas apariciones en zonas de muy baja temperatura.

—Esperemos que así sea —masculló Zy, notando a la distancia que la nieve comenzaba a cubrirlo todo.

—Zy —escuchó de pronto el joven resonar en su casco tras algunos minutos—. Según los registros, ya deberíamos estar en una zona segura.

—Bien... —Murmuró nervioso, disminuyendo la velocidad—. Susana...

—¿Sí?

—Yo montaré el campamento, ¿podrías encargarte de Mei y Harold?

—Tengo insumos básicos... podría atender sin problemas a Mei... pero Harold...

—Lo entiendo... —acotó Zy, deteniéndose por completo—. Sé que es arriesgado... pero activaré una baliza... así tal vez sus guardianes y el resto del equipo sabrán dónde estamos...

—Pero las creaturas...

—Sé que es arriesgado —cortó el joven, bajando de su vehículo—. Pero Xy no tiene la capacidad de llevarnos a todos hasta la base anterior... necesitamos dividir la carga de alguna forma...

—Lo comprendo... —murmuró Susana, acomodando a sus compañeros.

—Xy...

—Sí, sí... la baliza... —ahogó la voz, mientras un pequeño objeto se desprendía de la parte trasera de la motocicleta y comenzaba a elevarse poco a poco.

—Sí... gracias... pero también necesito el equipo de avanzada...

—Claro... —prosiguió la voz, mientras un compartimiento se abría con dificultad, debido al abrupto escape, permitiéndole a Zy tomar los elementos necesarios.

—¿Dó... dónde... dónde estamos? —se pudo escuchar de pronto mientras el joven terminaba de montar el campamento.

—Mei... me alegra que estés con nosotros...

—¿Susana?

—Sí...

—¿Qué... qué sucedió? ¿Dónde estamos?

—Estamos en una zona segura, ¿puedes levantarte?

—Eso creo... —Balbuceó la atlética y menuda mujer, ayudada por Susana.

—¿Está lista la carpa térmica? —inquirió Susana, mientras Zy se acercaba hasta ellas para ayudarles.

—Sí, pero según los informes la temperatura seguirá disminuyendo a medida que pasen las horas, necesitaremos de nuestros uniformes si queremos mantener el calor.

—Bien, ayúdame con Harold —susurró la fémina acomodando a Mei.

—¿Cómo está? —preguntó Zy mientras llegaban hasta su compañero.

—Nada bien... su uniforme amortiguó tanto como pudo... pero... recibió demasiado castigo... sin mi equipo... dudo que pase de esta noche...

—Ya veo... —murmuró el joven, ayudando a levantar al fornido hombre—. Xy... —prosiguió —Vamos...

—Está bien... —contestó la voz mientras una pequeña esfera se desprendía desde el manubrio del vehículo acompañándolos hasta la carpa.

—¿¿Harold?! —espató Mei, algo más recompuesta, al ver el estado de su compañero—. ¿¿Cómo está?! ¿¿Qué le sucedió?!

—No lo sé con certeza... sin mi equipo...

—Yu... —cortó Mei—. ¿¿Dónde está Yu?!

—Yu y Zec nos ayudaron a distraer a las creaturas, no nos quedaba mucho tiempo, así que Zy nos montó en su guardián y nos sacó de ahí tan rápido como pudo...

—¿¿Y Viky?!

—Viky fue completamente destruida...

—Oh, Harold... —murmuró Mei atónita ante el deteriorado estado de quien fuera su compañero en incontables batallas—. ¿Se repondrá?

—Pues...

—La verdad... —finalizó la esbelta fémina, cada vez más recompuesta.

—Si Zec no llega con mi equipo en las siguientes dos horas...

—Comprendo... —prosiguió Mei incómoda—. Está bien... no creo que él quiera una vida en solitario...

—Es cierto —acotó Xy, proyectándose desde la esfera flotante con la figura de una pequeña mujer de generosas proporciones—. Sin su guardiana motorizada, él no es más que un simple soldado mejorado...

—¿Entonces qué deberíamos hacer? —prosiguió Mei.

—Xy activó una baliza... es un plan arriesgado, pero lo único que nos queda es esperar lo mejor...

—¿Y el resto?

—No lo sabemos... —dijo Susana—. Nosotros estábamos fuera de la base cuando comenzó el ataque, volvimos tan pronto recibimos el mensaje de ayuda de Harold...

—Lo siento... —prosiguió Zy—. Pero no había señales de nadie más... traté de contactar al resto mientras escapábamos... pero base dejó de emitir señales...

—¿Entonces es este el peor escenario?

—Técnicamente, no —inquirió Xy—. Si tan solo uno sobrevive podría llevarle hasta la base en Zapala y entregar el reporte, sus uniformes deberían tener suficiente información para advertir al siguiente grupo. Además, en caso de ser necesario, sin el peso extra que supone el cuerpo de Harold, podría llevar a los tres a través de la frontera, lento... pero técnicamente ya estamos fuera de riesgo en este lugar.

—Tal vez sea la mejor alternativa... —masculló Mei, acariciando el sucio rostro de Harold.

—O tal vez podríamos tratar de no ser tan negativos —gruñó Zy, con su mirada fija en su guardiana a través de su casco—. ¿Ves lo mismo que yo?

—Es una señal... ¿Quién lo diría?

—¿Puedes identificar quién es?

— Solo sé, por la frecuencia de la señal, que es uno de los nuestros, pero nada más.

—Debió recibir la señal de la baliza... ¿Puedes estimar el tiempo de su llegada?

—Debo analizar un poco más la señal... pero tal vez... dos o tres horas...

—Entonces debemos mantener a Harold estable hasta entonces —acotó Mei—. ¿Puedes hacer eso Susana?

—Haré lo mejor que pueda... ustedes tal vez deberían descansar.

—Yo estoy bien... —gruñó Zy—. Además, necesitamos a alguien que haga guardia—. Cerró, dejando la carpa para ir en búsqueda de un arma en el cuerpo de su guardiana.

—Supongo que es cierto lo que dicen de Latinoamérica —Acotó el pequeño holograma de Xy mientras llegaban al vehículo.

—¿A qué te refieres? —Inquirió el joven, esperando a que su guardiana abriera el compartimiento de armas.

—Tú sabes... eso de que es exótica y peligrosa...

—Dudo que toda Latinoamérica tenga este tipo de problemas... —gruñó mientras tomaba una de las armas y la acomodaba en el brazo de su uniforme.

—¿Tú crees? ¿Sabes cómo se llamaba la ciudad que dejamos atrás?

—Ni idea...

—Temuco...

—Vaya... —musitó el joven con ironía volviendo a la carpa—. Muy bonito...

—Es más interesante de lo que crees, Temuco es una palabra de procedencia indígena, quiere decir “agua de Temú” que a su vez significa “agua de Arrayán” el cual es un árbol... o sea... ¡Agua de árbol!

—Está bien... ¿Cuál es tu punto?

—Toda la información sobre este lugar habla de manera regular sobre ser un lugar mágico y esa clase de basuras, estas personas ni siquiera se cuestionaron lo que su gobierno hacía aquí, simplemente lo atribuyeron todo a eventos sobrenaturales...

—Sí... y ahora están todos muertos... y no fue magia lo que los mató...

—¿Y si lo fuera?

—Vamos Xy... ¿realmente la inteligencia artificial más avanzada creada hasta ahora cree en magia?

—Tal vez no del modo en que tú lo entiendes... pero todos los informes son confusos, todos los eventos poco explicables, todas las muertes son extrañas... como tú dijiste... los guardianes somos súper inteligencias artificiales y de alguna manera tampoco somos capaces de dar sentido a esto...

—Está bien... basta de esta basura —cerró Zy, ingresando finalmente en la carpa—. Eso ya no importa, nosotros terminamos nuestra misión y dudo que alguna vez vuelva a esta ciudad de árbol.

—Agua de árbol... —corrigió la holograma con un gesto de desagrado.

—¿Alguna novedad de la señal? —increpó Susana al ver a Zy y su guardiana mientras atendía las heridas de Harold.

—Hace unos minutos comenzó a acelerar, yo diría que tal vez llegará aquí en la mitad del tiempo.

—Bien... porque no tenemos mucho tiempo —refunfuñó la fornida mujer—. Tal vez, incluso con mi equipo, Harold no lo logre...

—Xy...

—¿Sí?

—¿Cuál podría ser la mejor opción para salvar la vida de Harold? Y... dame algo alentador...

—¿Algo alentador? Vaya... —prosiguió Xy, rodando los ojos—. Veamos... si una de las señales que viene es un guardián, y resultara que trae información positiva sobre la base, Harold podría atenderse allí y tal vez salvarse.

—Eso no suena mal...

—Pero no tenemos certeza de que eso suceda... ni siquiera sabemos lo que sucedió en la base.

—¿Harold no te dijo nada cuando llegaste?

—Estaba realmente alterado y muy mal herido, trató de decirme algo, pero solo pude entender dónde estaba Mei.

—Tal vez Mei tanga algo de información, después de todo... estaba casi ilesa... —logró decir Zy mientras el cuerpo de Harold comenzaba a convulsionar frenéticamente.

—¡Está en paro!

—¿Qué sucede?

—¡No lo sé! ¡Sin mi equipo es difícil determinar qué le sucede! —espetó Susana mientras una macabra risa comenzaba a apoderarse del lugar.

—¿Mei? —increpó Zy confundido.

—Está comenzando... —masculló la esbelta mujer sentada en un rincón de la carpa—. Tu amigo realmente opuso buena resistencia... pero al final... todos seremos parte de Temú —cerró, mientras su piel se tornaba de un tono musgoso y su cabello se comenzaba a desprender.

—Oh no... —murmuró Zy sin aliento, levantando su brazo y preparándose para disparar mientras el cuerpo de Harold comenzaba a vomitar incansablemente líquidos de múltiples colores y Susana se alejaba.

—Esto no puede ser, se supone que el frío debía frenarlos.

Sí... sí... —vociferó la creatura entre risas burlescas, al tiempo que lo que parecía un par de cuernos comenzaba a brotar de su cabeza—. Tienes razón,

pequeña hada... pero este traje... vaya... sabíamos que ustedes serían de utilidad, pero jamás pensamos que incluso nos ayudarían a cruzar la frontera.

—¡Debemos detenerlos! —espetó Susana, notando cómo el cuerpo de Harold comenzaba a cambiar de igual manera que su antigua compañera—. ¡Dispara Zy! ¡Dispara! —gritó eufórica al tiempo que un certero impacto de energía chocaba directamente con uno de los cuernos de la creatura desprendiéndolo de manera inmediata.

—Debemos salir de aquí —murmuró Zy, tratando de mantener la calma, notando que lo que quedaba de Harold comenzaba a levantarse—. Xy, inicia los sistemas del vehículo, ¡Susana, corre, yo te cubro!

Realizó un nuevo disparo; sin embargo, esta vez lo que quedaba de la esbelta mujer lo esquivaba sin problema alguno, mientras tomaba su cuerno y arremetía con éste hacia el adrenalínico joven quien apenas logró esquivarla, arrojándose hacia la nieve y disparando nuevamente para frenar a su oponente.

—¡Arriba, Zy, corre hasta mí! —resonó en el casco del joven, quien aún presa de la adrenalina no dudó en ponerse de pie y correr hasta su guardiana, la cual, gracias a Susana, ya se encontraba en marcha hacia él, pudiendo montarla de un salto y logrando casi de manera perfecta acomodarse en su asiento y acelerar.

—¿¿Qué debemos hacer?! —espetó Susana mientras Zy se alejaba del lugar.

—¡No lo sé! —vociferó el joven, sintiendo una ligera brisa a su costado, al tiempo que su guardiana proyectaba en su casco una nueva trayectoria que este no dudó en seguir.

—Zy, no podemos dejar a esas creaturas allí, si lo que dijo esa cosa es cierto, es posible que ellos crucen la frontera, nuestra misión es...

—¡Nuestra misión era reunir información, Xy!

—Lo siento, Zy, pero el protocolo indica que, en caso de que una o más bases corran algún riesgo, éstas deben ser defendidas.

—¿Y cómo se supone que haremos eso? Susana y yo tenemos poca experiencia en combate y sólo contamos con algunas pocas armas...

—¡Pues ya no más! —cortó la guardiana.

—¿A qué te refieres?

—Finalmente he logrado trazar comunicaciones, con la señal que se acercaba a nosotros, resulto ser Yu, la guardiana de Mei, viene con el alma de Zec y el capitán Lock.

—¿El capitán Lock está vivo?!

—Efectivamente, viene en camino y además trataron de advertirnos sobre Mei... pero como sabemos... la advertencia llegó algo tarde.

—¡Susana! ¡El capitán Lock está vivo!

—¡¿Qué?! ¿Cómo lo sabes?

—Viene en camino con la guardiana de Mei y el alma de tu guardián.

—Atención, Zy, nuestras trayectorias están a poco de cruzarse —acotó la guardiana mientras a la distancia, y con dificultad por la nieve, el joven divisaba una luz acercándose, disminuyendo de manera casi inmediata la velocidad.

—¡Capitán! —espetaron los soldados casi al instante al ver el fornido y mal herido hombre.

—Susana, Zy —saludó Lock con una ligera inclinación de su cabeza mientras arrojaba una esfera hacia Susana—. Creo que eso te pertenece— Cerró, mientras de la esfera se proyectaba un musculoso y pequeño hombre semi desnudo.

—¡Zec! ¡Estás vivo!

—Técnicamente nunca lo estuve —bromeó la IA mientras la fémina abrazaba la esfera.

—¿Cuál es el reporte? —prosiguió Lock al tiempo que Zy comenzaba su relato de manera inmediata, dejando al término de este nada más que un sepulcral silencio—. Ya veo... —murmuró Lock luego de unos minutos—. Supongo que nuestra mejor opción es luchar contra esas cosas...

—¡Pero, capitán...!

—¡No hay peros! —espetó Lock—. Yu tiene suficientes armas y por lo que entiendo, ellos no tienen más que los uniformes y una carpa térmica, como yo lo veo... tenemos la ventaja.

—¡Sí, capitán! —resonó al unisono.

—Bien, no hay tiempo que perder, tomen las armas que estimen convenientes y les explicaré mi plan en el camino —sentenció el capitán mientras Yu abría diversos compartimentos, con armas de todo tipo que los soldados acomodaron en sus uniformes para luego ponerse en marcha.

—Es arriesgado, pero podría funcionar —expresó Xy a través de un canal compartido, luego de algunos minutos de observación tras haber alcanzado a las creaturas.

—Concuerdo —prosiguió Yu, preparando sus armas—. Además... lo que sea que es esa cosa... ya no es Mei—. Cerró la IA, viendo a la distancia un cuerpo abruptamente más fornido cargando sobre sí la carpa térmica.

—Entonces está decidido —sentenció Lock, haciendo una pequeña pausa antes de proseguir. —¡Fuego! —espetó de pronto mientras la guardiana disparaba sus cañones a toda potencia dando justo en el centro de la carpa

térmica, revelando al instante un horrible sonido que parecía atravesar todo el páramo.

—¿Qué mierda es eso?! —increpó Susana, notando que algo dentro de la carpa comenzaba a aumentar su tamaño, expandiéndose de manera abrupta con una forma humanoide.

—Eso no debería ser posible... —acotó Zec, notando, como el resto, que la creatura ahora se dirigía hacia ellos.

—¡Abran fuego! —sentenció Lock, tomando su arma para arremeter contra la abominable creatura junto a su equipo.

—¡Capitán! Creo que está cediendo —acotó eufórico Zy sin detenerse—. ¿Capitán? —increpó luego de unos minutos al notar que la cantidad de disparos era menor, volteando sólo para ver el cuerpo de su capitán inmóvil y decapitado—. Capitán... —susurró nervioso, mirando con desesperación en todas direcciones mientras le indicaba a Susana con sus manos el cuerpo de su capitán.

—Capitán... —masculló la fémina, ahogada, antes de vomitar la poca bilis que quedaba en su organismo.

—Xy, Yu, Zec, ¿dónde está Mei? —increpó Zy, acercándose cautelosamente al cuerpo de su capitán.

—Aquí está... —resonó en el casco del joven con la voz de Yu al tiempo que el cuerpo de su capitán comenzaba a mutar, expandiendo desde su decapitado cuerpo, hacia el cuerpo de la guardiana, una extraña mezcla de lo que parecía tejido humano y vegetal.

—¿Yu? ¿Qué está sucediendo? —increpó Zy mientras lo que quedaba de Mei aparecía sobre la nueva y horrible creatura con la cabeza de quien fuera su capitán arrojándola a sus pies.

—He cerrado las comunicaciones, Zy —acotó Xy—. No sé cómo... pero Yu ahora está infectada.

—¿Zy! ¡debemos salir de aquí! —espetó Susana, volviendo a Zy a la realidad, quien no dudó en correr hasta su guardiana y acelerar una vez más.

—Xy, ¿aún tienes contacto con su alma?

—Sí...

—¿Puedes iniciar su protocolo de autodestrucción?

—Necesito confirmación de otro guardián y una orden directa del soldado de mayor rango...

—¡Todos están muertos! —espetó nervioso el joven soldado, sintiendo cómo su compañera se aferraba con cada vez más fuerzas a su cuerpo.

—Entonces el soldado de mayor rango activo es Susana...

—Por favor Xy... —masculló la fémina—. Termina con esto... —cerró, mientras Zec secundaba la orden y casi al instante una gigantesca explosión sacudía todo a su paso, arrastrándolos sin previo aviso, perdiendo de manera inmediata el conocimiento.

—¿Zy? —resonaba una y otra vez en el casco del joven soldado.

—¿Qué... qué sucedió? —masculló el joven, tratando de levantarse y notando que aquella brisa que sintió a su costado horas atrás, resultó ser un profundo corte. Gracias al frío del lugar, este aún no drenaba, lo que impidió que se desangre.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras en condiciones de levantarte?

—Sí... no... no sé... ¿Qué sucedió?

—Estábamos demasiado cerca de la explosión, perdimos el control y ustedes cayeron. Zec encontró el cuerpo de Susana unos metros más allá, pero sigue inconsciente...

—Está bien... —murmuró el joven—. Yo... yo iré por ella... ¿aún puedes andar?

—Sí, el impacto sólo nos hizo perder el control, no hubo mayores daños en mi carrocería, por lo que mi motor sigue en óptimas condiciones.

—Bien... indícame dónde estás... —prosiguió Zy, viendo de manera inmediata en su visor las señales que lo llevaron hasta el cuerpo de su guardiana, montándola sin vacilar y dirigiéndose con calma hasta el cuerpo de su compañera, despertándola con suavidad para ayudarla a subir junto a él en su motocicleta, salir de ahí, atravesar la frontera y jamás volver.

—¿Qué sucedió, Zy? —preguntó Susana, aún desorientada al cabo de unos minutos de andar—. ¿Lo... logramos?

—Sí... —murmuró el joven, sintiendo un extraño ardor en su costado, como si algo le quemara poco a poco por dentro—. Lo logramos....

—¿No era real acaso esto que sentía?

¿No son reales mis recuerdos?

¿Quién eres?—

EL TALLER II —DISTANCIAS

Hace semanas que existía en la oficina el rumor. Solo algunos serían enviados a trabajar al interior del océano. Como los turnos mineros, pero acá ya no tienes oportunidad de volver a casa, eso al menos dicen. Los que se van, no regresan. Hoy me han pedido que espere al encargado en esta habitación. Solo hay una mesa y una silla al centro, donde me encuentro sentada. Me desespera su color blanco, es como estar en el exterior, pero con calefacción. ¿Existirán espejos vigilando? Hoy es el tercer día y sigue nevando de manera intermitente, el clima no ha variado desde que llegué. Aquí no hay mucho que hacer, salvo las tareas específicas. Aunque lo más importante, es tratar de no enloquecer al exceso de blanco.

Muevo mi pie ligeramente mientras entra un hombre al cuarto. Jamás lo había visto en las instalaciones. Pone una caja sobre la mesa. Qué se ha creído, no saluda, me deja con la mano extendida, apenas me mira a los ojos, no debe saber con quién está tratando. Cuando quise abrir la boca para explicarle lo importante que soy para la empresa, se dio media vuelta y se retiró. Esperé a que cerrara la puerta y busqué debajo de la mesa. Algo raro debe haber, un micrófono escondido, cámaras. Pasé la mano con mucho cuidado por todos los ángulos de la mesa y de la silla. Busqué en las esquinas y paredes de la

habitación indicios de pliegues o surcos que indiquen la existencia de ventanas, puertas o algo extraño, algo diferente a la puerta principal.

¿Será alguna prueba de los altos mandos? Acomodo la silla, pongo mis manos en la caja, debe ser algo bueno para mí, de seguro, siempre he actuado de buena fe. ¿Y si es una broma de Hermosilla? Hermosilla siempre me ha tenido envidia, el muy cabrón. A veces, creo que más que envidia es porque quiere algo conmigo, pero es un ser despreciable y lo ignoro. Si esto tiene que ver con ese infeliz, me las pagará. ¿Qué malo puede haber dentro de la caja? Seguro que no hay nada, debe ser una puta jugada, como esos test psicológicos que tienen algunas empresas. Juegan con tu cabeza para saber qué eliges, como los colores, si negro o verde. Quizás solo quieren saber si puedo soportar este espacio blanco, perturbador, incómodo. Ahora miro la caja desde una esquina, apoyo mi cabeza en la pared, suspiro. Me pongo de pie y camino decidida hacia la mesa. De seguro que si me han llamado es por algo importante. Abro la caja.

Adentro hay un laptop con un mensaje post it pegado en él. “Serie Z04, recuerde el código 001000110000111”. Mucho tiempo ha pasado desde que escuché por última vez “Serie Z04”, casi lo había olvidado por completo. Repaso en mi cabeza el número del código, busco, intento, 001000110000111, código 001000110000111. “Sal lo antes posible de ahí”, eso significa. Tomo la laptop y salgo del cuarto rápidamente.

Máquinas de segunda clase, artefactos dados de baja, corren en varias direcciones, salen despavoridos, creo que algo viene. Están asustados. Sigilosa me deslizo hacia una oficina que tiene la puerta abierta, es pequeña. Me escondo. Un ser pasa delante de mi puerta. Miro por la rendija, es una criatura azul con tentáculos que salen de su espalda, con cuernos, de apariencia blanduzca... parece que levitara, pues sus pies jamás tocan el piso. Guardo

silencio detrás de la puerta, de seguro viene por mí, lo sé, el código de rastreo está digitado en una suerte de pantalla negra adherida a su amplia frente. Miles de códigos luminiscentes se ven pasando a gran velocidad.

Muevo los muebles que hay dentro para bloquear la puerta, me siento en el suelo. Abro la laptop, debe existir alguna forma de reprogramar el sistema interno.

Hace mucho tiempo, ¿miles de años, quizás?, llegó al taller una carta en la cual indicaba que debía trasladarme a la antártica. Cuestioné esta decisión, pero ya no podía reclamar ni negarme a dicha petición. No es el mejor lugar, menos para mí, pero al menos me permitiría seguir trabajando. A él lo recuerdo mirándome desde lejos, es una imagen que no borraré nunca de mi cabeza. Aquí estamos todos los que ya no sirven como sistema operativo actual en las grandes ciudades, somos dado de baja, de cierta forma, pero al menos no somos los “olvidados”, ni los “reutilizados”, ni los “encerrados”, esta última opción es la más temida por todos. Nos asignan trabajos que podemos desarrollar con la tecnología que posee cada uno.

Golpe fuerte, se estremece la puerta, pasan unos segundos antes del segundo o tercer golpe seco. Un impulso dentro de mí presiona para que abra, pero no quiero... ni puedo... sería mi fin. ¡Esto es una maldición!, alguien lo ha llamado, alguien ya no me quiere aquí.

Hay días en que veo el aliento de mis compañeros perderse desesperanzado entre el óxido, luchando contra el polvo y las telas de arañas. Arrastran sus pies descalzos y lúgubres. Es realmente deprimente. Por mi parte, realizo mi trabajo lo mejor que puedo y nunca he recibido quejas.

Tecleo en la laptop algunos códigos, debo reprogramar el sistema, pensar en posibles códigos de mando que alejen a esa criatura del lugar, enviar un mensaje de “abortar misión” o algo similar. Quizás reprogramar mi sistema

interno, alguna actualización. Debo barajar varias opciones. Creo que me quieren condenar al encierro, eso me dicen los códigos que van apareciendo en la computadora. Había escuchado que meten tu cuerpo en unos cilindros con la conciencia despierta para que sufras, para que veas a los demás vivir por años. Los ves envejecer hasta morir. Miles de vidas pasan delante de tus ojos, ya que tu corazón nunca se apagará.

Es una especie de condena al “infierno”. Los “encerrados” los llaman. La criatura azul me ha detectado, está detrás de la puerta golpeando cada vez más fuerte y con insistencia... tengo miedo, esa cosa horrible e indescriptible debe ser parte de la nueva tecnología. No dimensiono cuánto han avanzado las nuevas generaciones. Solo deseo arrancar de mi pecho la barra de uranio y terminar con esta pesadilla.

Soy una creación extraña y fuera de época. A nadie se le ocurrió algo así. Lo recuerdo a él, siempre sumergido entre cables y chatarra, atornillando, probando, cortando. Creo que quizás por mucho tiempo fui como un prototipo, aún recuerdo extenuantes jornadas de trabajo, donde jamás me separaba de su lado, todo lo que pedía, lo hacía. Un día descubrió algo asombroso y puso una máquina en mi pecho, “corazón” dijo que se llamaba. Eso me permitió seguir viviendo. “Z04, eres bella e increíble”, nunca vi tanto amor en sus ojos.

Encontré una carpeta dentro de los archivos del computador. Ahora lo entiendo todo. Ellos quieren mantenerme despierta por siempre, quizás para estudiarme, o que viva en “el infierno”, como ellos le llaman. Sus creencias dogmáticas las han mantenido con los años y nada tecnológico los harán cambiar de opinión. Emular al humano, a su especie y pretender que tengamos todo, exactamente todo lo que ellos creen tener; es un error.

Si no logro cambiar el programa interno seré como una especie de alma atrapada en un cuerpo. Lo han enviado a él, a la criatura azul para capturarme, no solo a mí, sino a todos los que están dentro de la base.

Tres golpes en la puerta. El pánico recorre mi espalda, los códigos que se despliegan en la pantalla no han dado con la reprogramación. Qué horror... y ¿si merezco ir al infierno?, ¿si él me ha creado para eso? He sido leal, he sido lo que me han dicho que sea, he hecho lo que han pedido.

A veces escucho voces dentro de mí, como si alguien quisiera controlarme. Soy una máquina vieja, abandonada en una bodega lejos de todo. Ya no les sirvo, ni siquiera para sus museos o sus reliquias. Mi corazón de uranio no se apagará. A veces creo que ellos escuchan mis pensamientos, me encerrarán en una cápsula de metal y me enviarán con los demás al fondo del mar, a un infierno creado para nosotros.

El miedo me paraliza. El ser golpea cada vez más fuerte la puerta. Se escucha a lo lejos un ejército entrar a las instalaciones. Ellos vienen por mí, los encargados "I. A." vienen por mí... Sigue golpeando mi puerta... Me concentro nuevamente en el computador portátil, lo programo dentro de lo que sé... dentro de mis directivas y algoritmos primitivos... Soy un producto antiguo y de mala calidad, pero algo podría hacer. Codifico, programo, tecleo el computador, esa cosa no desaparece, está ahí, esperando que me equivoque, ¿cómo escapo?... ¡Maldita sea! Es un demonio insistente...

Soy una niña de metal. Soy una máquina... una que está cansada. Ya no quiero existir. Quiero dormir eternamente.

¡Maldición!, sigue ahí. No ha servido de nada lo que intenté con el notebook... recuerdo, tengo un cd que mi creador dejó en caso de emergencia, lo saco de una caja escondida en el muslo de mi pierna, si... eso me ayudará... Lo pongo en mi portátil, no lo lee, no lee el maldito CD, no puedo

reproducirlo, no funciona.... ¡Mierda, me queda poco tiempo! Esa cosa mira por los huecos de la puerta, al interior... busca, pero aún no me descubre.... Seguro algo le indica que hay algo aquí, pero no precisamente yo. En silencio sigo codificando en el computador, quizás sea buena idea entrar en su sistema, instalar un virus, bloquear al ser azul... buscar, buscar.... ¡¡Aaaahh!! Un mapa, eso es... un mapa para escapar de aquí.... No encuentra nada, aún no lee el cd..., disco dañado, información.... No enviado....

Golpes, silencio. Maldita criatura....

—Piifffiffiffiipiififif ¿¿Estás ahí?? —ahora me habla, esa cosa me habla... no contestaré...—. Piiffpifofofof ¡¡¡Ya no puedes escapar!!! —Trato de no respirar, cierro los ojos, todo queda en absoluta oscuridad.... Tiritito... tengo miedo, qué extraño, no debería de transpirar.... Siento escalofríos....

Quiero que mi historia termine ahora, que mi corazón se paralice, que esta máquina llamada “corazón” ya no funcione. Lo deseo, porque es mejor que vivir eternamente encerrada en una cápsula bajo el mar.

—Vamos... debo llevarte —insiste.

Se escucha un estruendo en la puerta, trozos de madera y metal vuelan sobre mí.

Creo que he perdido el conocimiento, no puedo abrir los ojos y siento el cuerpo entumido. No lo puedo mover. Pasa un tiempo antes de poder incorporarme.

Abro los ojos, está sobre mí.... ¡Maldita criatura del infierno!

—¡Primero muerta! No me iré contigo, ¡cosa repugnante! —le grité, traté de sacarlo de encima.

—Es hora de partir —sentenció la criatura.

Y mientras él arrastraba mi cuerpo alcancé a divisar “Erased” escrita en la pantalla en mi laptop.

CREACIÓN COLECTIVA

Por Dara Hincapié

El sol de la tarde brillaba a través de la ventana. Su dorada luz contrastaba con los indicadores azules que proyectaban en el cristal el estado del clima, la información sobre el tráfico y los últimos mensajes recibidos por los habitantes del apartamento. Fuera, una abeja exploraba indecisa el menú de flores que coloreaban el alféizar. Nada de eso le interesaba a Lani, que echada en el suelo disfrutaba las caricias solares sobre su pelaje gris. Ella tenía sus propias fuentes de información.

Precisamente una de estas fuentes fue la que interrumpió su letargo. No importaba cuántos bloqueos pusiera en su módulo de comunicaciones, cuánto gastara en los mejores firewalls, cuántas trampas pusiera alrededor de su privacidad, Momo hackeaba todo sin esfuerzo y se acomodaba tras sus ojos como el primo incómodo al que encontrabas en la nevera después de haber cambiado las llaves de la entrada. Gruñó bajo, sabiendo que la escuchaba.

—Todavía falta rato para mi turno.

Lani esperaba recibir alguna excusa traída de los cabellos, como la invasión de palomas de hacía un par de meses o un accidente de trabajo de alguno de sus compañeros. Seguro Bindi se habría caído durante su ronda, tratando de alcanzar las alturas de Lani, y ahora tendría que cubrir su ausencia haciendo horas extras. Más le vale a Momo que pague bien por esto.

Lo que no esperaba fue la respuesta temblorosa del controlador.

—Yo... este... ¿podrías venir? No es para nada del trabajo, te lo prometo. Es solo que... Acá te cuento.

Algo no andaba bien. Corrección: algo debería estar al borde del desastre para alterar a Momo de esa forma. Lani recordó la frialdad con la que había

enfrentado el asunto de las palomas, distribuyendo roles y tomando decisiones vitales sin pestañear. Sus ojos se abrieron y sus pupilas se dilataron en un instante.

—Llego en 15 —giró la cabeza y cacareó a la abeja en la ventana, para no perder la costumbre.

En silencio sus patas recorrieron balcones, árboles, techos y barandas hasta terminar balanceándose encima de una señal de tránsito. Bajo su cola, una ambulancia recibía una camilla ocupada. Un par de saltos la llevaron al techo de la ambulancia y de ahí al balcón frente a ella. Con un clic la puerta se desbloqueó. Lani entró en la oscurecida habitación, donde la recibió un par de lentes reflectivos que se asomaban tristes bajo la cama. Despacio, temblando, surgió la figura regordeta de Momo alrededor de los lentes, el lomo arqueado, el pelaje amarillo erizado, el implante de red en máximo nivel de protección como un yelmo desplegando una fina red de cables a su alrededor. La puerta se selló de golpe, dándole un escalofrío. Requirió de toda su fuerza de voluntad para no despegar la mirada de su compañero.

Lani se acercó a Momo ronroneando con fuerza, dándole tiempo a su implante para que la reconociera e identificara como no hostil. Refregó su cabeza y se echó junto a él, vibrando juntos hasta que sintió que su respiración se calmaba.

—Se la llevaron. La conectaron y se la llevaron.

—Sí, los vi cuando llegué. —La red alrededor de Momo se retrajo dentro del implante, y Lani empezó a acicalarlo, aplacando su pelaje—. ¿Qué le pasó a la anciana?

Un paquete de archivos desfiló tras los ojos de Lani. Imágenes de cámaras de seguridad, registros médicos alterados, líneas de código insertadas, fragmentos de video, un mapa detallado de los recorridos más frecuentes de la

anciana y un esquema completo del interior del apartamento, destacando los posibles puntos de acceso y escape. Lani siseó.

—¿Dónde conseguiste esto?

Algo renuente, Momo abandonó su lado para regresar bajo la cama. Un instante después, un pequeño objeto se deslizó con rapidez hacia Lani. Por instinto, ella lo atrapó entre sus garras sin mirarlo. Momo salió de nuevo, cabizbajo, mientras ella levantaba una pata para examinar el objeto.

La abeja parecía recubierta en grafeno, casi más implantes que insecto. Su abdomen destrozado daba cuenta de su reciente ataque a la alérgica anciana. Sus alas rotas, evidencia de la batalla perdida contra su ágil, aunque regordete, guardián. Lani alzó el rostro, los bigotes erizados, una nube de interrogantes ensombreciéndolo. Momo evadió su mirada y comenzó a acicalarse nerviosamente. Tras unos instantes su voz comenzó a fluir despacio, apenas más fuerte que un murmullo.

El ataque había sido planeado meticulosamente, ni un detalle dejado al azar. Momo dormía la siesta cuando lo despertaron los gritos de la anciana. Al abrir los ojos la vio sacudir un trapo de la cocina, tratando débilmente de golpear al enjambre de atacantes. Para cuando él saltó al mesón, ya era demasiado tarde. La rápida retirada del comando lo dejó desconcertado, unos cuantos cadáveres bajo sus garras y su protegida en grave necesidad de atención médica en el suelo. Al solicitar la ambulancia descubrió la alteración de los registros médicos en la que había desaparecido la información sobre la condición alérgica de la anciana.

—Alguien intentó matarla —concluyó, casi en un gruñido—. Encuéntralo.

Hazlo pagar, escuchó Lani en su interior.

El atardecer teñía el cielo de naranja, los rayos del sol se colaban entre las hojas de los árboles. Entre las ramas, Lani azotaba la cola, resistiéndose a lo inevitable.

Momo era un excelente archivista y estratega, hábil para analizar información y organizar a los integrantes de su equipo. Sin embargo, no era un callejero. Le faltaba la habilidad de navegar los bajos fondos y los rincones de la ciudad. Para eso la tenía a ella. Para eso la había llamado. Para que regresara al mundo que había jurado abandonar. Ella sabía qué hacer, a quién contactar y qué leyes romper para encontrar al agresor de la anciana. Simplemente no quería. Había hecho un gran esfuerzo al unirse al equipo de Momo y romper todos sus lazos con la oscuridad. Todos, excepto Jalapeño. Preferiría arrancarse la cola que darle de nuevo la oportunidad de usarla como carne de cañón en sus desquiciados planes, por mucho que los hubiera disfrutado en el pasado. Pero esta vez no se trataba de ella. La anciana era más importante, y si tenía que sacrificar su orgullo y contactar al ladino blanquinegro, lo haría.

El último golpe con Jalapeño no había sido el peor en el que había participado. Todos habían salido con vida, después de todo. Aún así, la sola idea de contactarlo le producía vértigo, peor que trepar a la estatua con alas, resbaladiza de mierda, en lo alto del edificio viejo. Pero era Jalapeño, o nadie. Solo él podía darle la información que quería. Él era el que mejor sabía cómo se movían las cosas en la oscuridad y el que conocía a los mejores rompedores. Se rascó violentamente en un esfuerzo para enfocarse en el momento y sobreponerse a sus miedos. Activó las encriptaciones de su módulo de comunicaciones y envió el mensaje:

[Oe, Jalapeño. ¿Me podés pasar un dato?

Rompedora de la vez pasada

18:05]

La rápida respuesta la sorprendió en medio de un salto a las ramas bajas del árbol, casi haciéndola caer.

[Pnsé ke ya n asia + trrbajos

18:06]

Lani giró los ojos ante la escritura de Jalapeño. Estaba segura de que lo hacía a propósito para crearse una imagen basada en los antiguos memes. Qué estereotípico. Siguió su recorrido sin rumbo determinado, aunque permaneció cerca de los callejones, lista para trepar por los balcones y correr hacia cualquier indicación que le diera.

[No, nada. Una vuelta personal

18:08]

[:(y yo k te tnía 1 mala prropst.

18:08]

[Jajajaja. Aborita no hay forma, parz.

18:09]

[Ke y ¿pa k era?

18:09]

[Pa rastrear unos mods piratas.

Esa nena es muy tesa.

18:09]

[¿Y vos ke con mods?

18:10]

[Nada que te importe.

No es de plata.

Me atacaron una amistad.

18:10]

[Tod bn, ps.

No te prrdas.

Vos sabé k acá ay ganch.

18:13]

[Feliz cacería

18:13]

Unos segundos más tarde llegó un mensaje con el contacto de la Rompedora.

La pequeña Rompedora había crecido un poco desde el golpe durante el que se conocieron, en el que Lani hubiera jurado que aún podía olerse en ella la leche de su madre. Se veía más larga y esbelta, su pelaje calico apenas cubriendo la herida en su costado, ya casi cicatrizada. Lani no pudo evitar sentirse un poco culpable, aunque fuera ella quien la sacara con vida del atolladero en el que Jalapeño las metió con la promesa de un jugoso botín. "En eso sí se puede confiar en ese pulgoso", pensó Lani, viendo cómo la pequeña había invertido su parte de las ganancias en un equipo dos saltos por delante de lo último en implantes para videojuegos.

Ronroneando de felicidad y con la cola en alto se acercó a Lani y se refregó como si fueran compañeras de camada. Juntas recorrieron la terraza del edificio, admirando la vista de la ciudad y recordando el golpe que las llevó de ser un par de desconocidas a confiar sus vidas en la otra.

—¡No vuelvo a hacer una gracia de esas! —rió la pequeña. Lani soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo, aliviada por la sabia decisión—. Espero que no vengas a proponerme una maldad...

La negación automática con la que iba a responder murió en sus labios. Si no estaba segura de con quién se estaba metiendo, no tenía sentido expresar una falsa confianza. No con la Rompedora.

—Maldad, maldad, no es. Pero tampoco estoy muy segura de que no vaya a ser peligroso...

En voz baja, incrédula de sí misma, le contó los detalles del ataque a la anciana, compartió el paquete de archivos de Momo y el escaneo que ella misma hizo de la abeja muerta.

—Le pedí tu contacto a Jalapeño para... —levantó la vista, suplicante.

La mirada tranquilizadora de la Rompedora la hizo sentir como si ella fuera la cachorrita frente a una sabia matrona.

—Seguro. —Cerró los ojos para acceder mejor a sus implantes. Aunque Lani lo hacía todo el tiempo, aún se sentía extraño cuando alguien más lo hacía delante de tí. De pronto, frunció el ceño—. Esto no es normal...

—¿Qué fue?

—El enjambre que atacó a tu humana... —Abrió los ojos—. Son simples polinizadoras, del Departamento de Alimentación. Ni siquiera tienen entrenamiento de combate. Míralo por tí misma. —Un paquete de información se activó en la memoria de Lani. Contenía números seriales y

especificaciones de los implantes de las abejas utilizadas por el Departamento y, lo más importante, direcciones de las colmenas oficiales.

—¡Vaya, gracias! Ya sé dónde tengo que ir—. Se estiró, preparándose para partir.

—Cuídate. —La Rompedora la miró con preocupación—. Tienes razón. Esto podría ser peligroso.

A diferencia de las grandes colmenas del Departamento de Alimentación, anexas a los cultivos campestres, las colmenas ciudadinas eran prácticamente invisibles. Pequeñas cajas fáciles de ignorar, ocultas en callejones, terrazas y parques, de cuyo interior brotaban reducidos escuadrones de agentes en busca de plantas caseras y arbustos callejeros, sosteniendo la vida aferrada a la esterilidad del concreto.

Según la búsqueda de Rompedora, la abeja muerta provenía de un panal apenas a unas calles de la casa de la anciana. Le envió su ubicación a Momo sin preocuparse de que su turno de vigilancia hubiera comenzado hace un par de horas. Él me metió en esto, que se encargue.

Trepar el edificio cercano al panal no debería representar ningún problema para Lani. Sin embargo, mientras subía las escaleras de emergencia comenzó a sentir que algo no andaba bien. Activó sus comunicaciones en modo pasivo para encontrarse con un silencio sepulcral. No detectó el esperado zumbido mate de los electrodomésticos conectados, ni los implantes de humanos o guardianes intercambiando señales con la red. El edificio estaba completamente deshabitado.

Al llegar arriba la situación empeoró. Una especie de neblina se apoderó de sus módulos, su visión comenzó a desvanecerse y una sensación de soledad la

envolvió lentamente, hasta hacerse abrumadora al llegar a lo alto. Se detuvo frente al acceso a la terraza, determinada a dominarse. Tras un par de respiraciones conscientes, invocó a los Dioses Garra y se recordó:

[Soy. Carne y sangre y garra y pelo. Soy. Ojos en la noche y oídos en la niebla. Soy. Tigre, jaguar, guepardo y pantera. Soy. La muerte que acecha en las sombras. El silencio hambriento. El juego letal. Soy.]

Sus pasos la llevaron frente a una caja de madera clavada a la pared bajo un pequeño tejado. Tratando de ignorar sus patas temblorosas, se sentó en el suelo y comenzó a lavarse la cara como si detrás de sus ojos no estuvieran corriendo pesadillas. Sabía que estaba siendo intervenida, pero poco o nada podía hacer más allá de lavarse la cara y parecer valiente. Esto no soy yo.

De la colmena salió un grupo de abejas, que comenzó a trazar círculos a su alrededor, a una distancia justo más allá del alcance de sus garras. Su zumbido parecía venir tanto del exterior como del interior de su cabeza, subiendo y bajando de tono, casi formando palabras:

Ojos en la noche...

Lani se irguió repentinamente, a lo que el círculo de abejas respondió en una vibración de alerta. El zumbido en su cabeza se tornó agresivo, expresando sin palabras escapar, huir, temer.

La muerte que acecha...

Explorar sus propios archivos se sintió como caminar entre el barro. ¿Quieren meterse en mi cabeza? Azotó la cola y agachó las orejas, una media sonrisa en sus bigotes. Bienvenidas.

Desplegó las imágenes de la anciana de la carpeta de Momo. Las abejas, como una nube, ondearon a su alrededor. Tras unos segundos, la respuesta acción, ataque, expulsión abrumó sus sentidos.

Lani no retrocedió. ¿Quién? preguntó mientras exhibía el código corrupto con los comandos que ordenaban los cambios en los registros médicos y la entrada a la cocina de la anciana. En lugar de responder, las abejas cambiaron de dirección, girando en sentido contrario durante unos segundos, retomando luego su dirección original. ¿Quién?, insistió Lani con un gruñido sordo. Las abejas cambiaron de dirección, una y otra vez. Vejez, muerte, expulsión.

Con dificultades buscó en su archivo, hasta encontrar lo que necesitaba. Imágenes de fuego y llamas inundaron su interfaz. ¿QUIÉN? Siseó y arqueó el lomo. Aunque las abejas no reaccionaran ante la amenaza como los vertebrados, entendieron bien el significado del fuego. Su formación se perturbó y pareció dispersarse por un momento, para reagruparse de nuevo en la nube en torno a Lani.

TodaS. Una.

Lani jadeó, sin dejar entrever su confusión ante la respuesta. Todas. Una. Aún reagrupada, la nube se portaba de forma caótica, sin la sincronización que hasta hace poco nublabla sus sensores. Todas. Una. Apenas sintió recuperar un mínimo de control sobre sus implantes, encendió sus comunicaciones. Todas. Una. Un mensaje urgente de la Rompedora:

[Líneas de comando sin autor

No rastreables

Ensamble espontáneo

Sal de ahí

04:38]

Todas. Una. Un poco más ella misma, Lani siguió emitiendo imágenes de fuegos e incendios mientras calculaba la distancia a la escalera de emergencia. Una última imagen de la anciana, para dejar claro su mensaje: NO.

Se rascó una oreja, satisfecha por ocasionar otra perturbación en el enjambre, y caminó despacio hacia la escalera. Al girar la vista vio que la nube de abejas se reorganizaba, de regreso a la colmena.

—Ya saben lo que les espera si se vuelven a meter con mi gente —dijo con un valor que esperaba que creyeran.

No dejó de temblar hasta llegar a la calle.

—¿Cómo te sientes? —Rompedora se frotó contra el costado de Lani.

—No sé —contestó, la vista fija en el plato—. Como si me hubieran apagado y vuelto a encender, pero... no sé si estoy cargando correctamente.

—No has tocado tu sashimi —ronroneó Rompedora—. Necesitas comer algo.

Lani lamió un poco de su té. Según los hallazgos de la pequeña calico, el código corrupto en la programación de las abejas había surgido espontáneamente de la reorganización de comandos antiguos, quizá una malformación de sus propias funciones. Lani no podía alejar su mente de la formación circular del enjambre, su críptica respuesta todas, una, ni de la

frustración de no saber si la aparición de este código era una en un millón o solo la primera de muchas. ¿Era una casualidad o una inevitabilidad?

—Gracias por todo. Espero que no haya sido un problema —finalmente se decidió a mordisquear su salmón. Estaba mejor de lo que esperaba.

—No puedo negarme a un buen reto —guiñó Rompedora—. Por cierto, soy Columbina.

Lani levantó la mirada, atónita ante esta demostración de confianza, para encontrarse con una expresión amable como pocas.

—Lani —sintió como si el mundo se invirtiera y ella fuera la cachorra recién destetada frente a la calma y sabiduría de su nueva amiga. Amiga. Sí, podía considerar a Columbina su amiga.

Un leve golpe en la ventana del restaurante la sacó de sus ensoñaciones. Una abeja golpeaba el vidrio, atraída por el colorido en la decoración. Lani le cacareó, para no perder la costumbre.

NOS LLEVAN

Por Augusto Murillo de los Ríos

Aquel sonido nunca había sido escuchado por sus oídos. Tapó esas pequeñas orejas usando sus manos, luego intentó en vano utilizar la almohada, pero parecía que ese estruendoso ruido salía desde el interior de su cabeza. Ricardo rodó por la cama hasta que sus desnudos pies tocaron el suelo. En ese momento, regresó el silencio. El niño bostezó y usando sus nudillos quitó las legañas de sus ojos.

La luz que entraba por su ventana era tenue e intentó adivinar la hora.

—Tal vez, las seis de la mañana.

Por un momento, sonrió al despertarse antes de que su madre entre a su habitación gritándole que se le hace tarde para ir al colegio. Pensó que se habría quedado dormida. Lo mismo con su padre, ya que este se levantaba antes que todos escuchando las noticias mientras se alistaba para ir a trabajar.

Tampoco oía a los autos que transitaban por la concurrida avenida que daba al edificio.

—¿Me habré quedado sordo? —Dijo en voz alta.

Hizo sonidos con la boca y tocó la madera de su cama con el puño.

—Pues parece que no.

Se acercó a la ventana y fue ahí cuando la vio. Llevó sus manos a la boca al presenciar la gigante estructura de metal ovalado que flotaba a pocos metros de la pista. Todo transporte se había quedado detenido, así como los transeúntes de esa mañana que de pie miraban también a la nave de donde bajaban esas delgadas criaturas de largas extremidades y enormes ojos negros.

Ricardo se sentía hechizado, su cerebro pedía que reaccione, pero no dejaba de contemplar cómo esa docena de seres caminaban y levitaban

esquivando a aquellos hombres, mujeres y animales que seguían mirando hacia arriba.

Sus ojos se abrieron completamente al ver a lo lejos a aquel sujeto siendo arrastrado telepáticamente. Se sacudía y gritaba mientras era introducido a ese vehículo que había llegado desde algún lugar del espacio.

Ricardo salió de aquel trance, dio media vuelta y corrió hacia el cuarto de sus padres encontrándolos también mirando por otra ventana hacia la misma nave. A diferencia de su hijo, ellos no movían ni un músculo, ni siquiera pestañeaban. El pequeño les gritó y golpeó sin que ellos pudieran reaccionar.

Dio un vistazo más hacia la calle y cruzó miradas con una de esas criaturas, la cual cambió su rumbo para dirigirse hacia la puerta del edificio. Ricardo, asustado, fue de un lado a otro, volvió a samaquear a sus padres, pero estos no salían de su petrificación.

Corrió hacia la sala, descolgó las llaves de un adorno en la pared y las giró tres veces en la cerradura de la puerta. Fue a la cocina y tomó el más grande de los cuchillos del cajón de cubiertos. Rápidamente se dirigió a su cuarto con la intención de meterse debajo de la cama.

—No, de ninguna manera. Es una pésima idea.

Volvió a la habitación de sus padres metiéndose dentro de un ropero cuando oyó el golpe en la puerta principal. Cerró los ojos tras escucharlo unas cuantas veces más. Se alertó ante el sonido del timbre. Una, dos veces y una tercera que duró más de un minuto. Su corazón estaba sacudiendo su pequeño torso hasta que el silencio volvió a reinar en su hogar.

—Por favor, vete... —sollozó.

Esperó unos segundos tratando de guardar la calma y que su respiración regrese a la normalidad. Esa criatura se había dado por vencida. Ricardo empujó suavemente la puerta del ropero y caminó, aún descalzo, sin hacer un

solo ruido hacia la sala. Dio un vistazo rápido a la cocina, y un grito hizo que se le erizara la piel.

Había venido desde afuera. Aguantó la respiración y se acercó a la mampara que daba al balcón de la calle. Volvió a visualizar aquella nave espacial que intentó hechizarlo nuevamente, pero su cerebro se resistió y contó a dos mujeres y un hombre que eran sometidos e ingresados por esas criaturas. Los gritos venían de una de ellas que se sacudía y pataleaba de manera desesperada mientras era arrastrada por los cabellos.

El niño sujetó fuertemente el cuchillo en su mano derecha y antes que pudiera imaginarse lo que esos visitantes harían con esas personas, escuchó el giro de la cerradura de la puerta principal. Sus ojos volvieron abrirse de par en par y lentamente giró el cuerpo para oír cómo se daba vuelta una segunda vez a esa cerradura. No lo pensó dos veces y volvió a meterse dentro del ropero de la habitación de sus padres. Encogió las piernas aguantando una vez más la respiración.

Su casa había sido invadida. El sonido de las pisadas de la criatura entró en su canal auditivo, así como el de su extraña y burbujeante respiración. El aire se hizo irrespirable y sentía cómo el peso de sus brazos se hacía mayor. La atmósfera había cambiado y recibió una docena de dolorosas punzadas en su cerebro. Sin embargo, se mantuvo callado sin hacer un solo ruido. El movimiento de objetos en su sala lo alertaba y podía predecir en qué lugar estaba su perseguidor. Se le pasó la idea de sorprenderlo rápidamente lanzándose contra ese monstruo del espacio acuchillándolo en el pecho, pero las pisadas ya se escuchaban demasiado cerca.

Por una pequeña brecha del ropero pudo ver a ese ser delgado y verdusco deambular por la habitación de sus padres que seguían mirando hacia la nave en una especie de transe causado por un poderoso ritual. La criatura no les

prestó atención. Con sus largos y delgados dedos, tocó la planta de una maceta, la frotó y la arrancó para luego dejarla caer al suelo. El niño veía con mucha claridad a ese invasor que curioseaba abriendo cajones de una cómoda que sostenía adornos y fotos. Justamente, tomó uno de los cuadros observándolo detenidamente. Ricardo sabía que en aquella imagen estaba él sonriendo celebrando el cumpleaños de meses atrás cuando cumplió los doce. Vio cómo el invasor sonreía al observar el cuadro manipulándolo, para luego arrojarlo contra la puerta del ropero, haciendo que el niño diera un chillido cayendo de nalgas. No tardó en reaccionar, pero ya era muy tarde. El ser espacial avanzó velozmente, abrió la puerta y se miraron cara a cara.

—Puedes salir Ricardo —la profunda voz entró directamente en su cerebro causándole un intenso dolor.

Su pequeña mano no había soltado el cuchillo y aunque sentía que su peso era mayor, de un impulso saltó hacia ese monstruoso incrustando el arma en el aire. La criatura, por medio de una habilidad telequinética detuvo el impacto y moviendo sus dedos, atrajo el cuerpo del niño flotando hacia él.

—Es inútil resistirse —una vez más la comunicación llegó de manera directa a su mente.

El miedo y lágrimas de Ricardo se hicieron presentes mientras se sacudía de aquel poder que no podía comprender. Sin embargo, los ojos del extraterrestre se agudizaron sabiendo que algo no andaba bien. Ese pequeño humano hacía que intensificara su habilidad mental para aprisionarlo. No podía demorarse, necesitaba llevarlo hacia la nave lo antes posible.

Avanzó un par de pasos para luego tener esa sensación incómoda en una de sus extremidades. El niño había caído al suelo y comenzó a correr hacia la puerta principal que fue cerrada con violencia de manera mental. La criatura levantó el brazo y vio cómo su sangre salía por un tajo en su piel.

El pequeño humano lo había herido. Imposible. Ningún terrícola era capaz de romper esa técnica telequinética que solo los seres superiores poseen.

Ricardo giraba de un lado a otro tratando de encontrar una salida. Tenía a la criatura frente a él examinando su brazo y colocando muecas de fastidio y enojo. Tendría que pasar a través de él para irse a la puerta y escaleras de servicio de aquel edificio y así salir a la calle. Pero ¿para qué?, Decenas de esas criaturas se encontraban abduciendo al resto de humanos. Tenía que matar de alguna manera a ese maldito y esconderse hasta que se larguen de su planeta.

Volvió a abalanzarse con arma en mano, pero todo fue muy rápido. La mirada de enojo de su rival se convirtió en impulso enérgico y con una fuerza invisible proyectada de una de sus manos arrojó al niño hacia la mampara destruyendo los vidrios y cayendo seis pisos abajo.

El invasor levitó para no tener contacto con los filosos cristales y se asomó por el balcón. Alcanzó a ver el cuerpo de Ricardo flotando antes impactar contra el pavimento siendo rescatado y apresado por otro invasor que pareciera tener un rango superior.

El niño había perdido el conocimiento haciendo que sea más sencillo llevarlo hacia la nave.

No supo por cuanto, pero sentía que había dormido por días. Ricardo despertó en la oscuridad percibiendo que la cabeza se le iba a desprender del cuerpo y un pitido dentro de sus oídos lo arrojó al suelo queriendo vomitar. Sus ojos estaban pegajosos y sus extremidades se encontraban entumecidas.

—¡Hey, niño! —escuchó a su izquierda —por fin despertaste.

Abrió y cerró los ojos varias veces para poder agudizar y enfocar la mirada en aquel hombre en la celda del costado.

—¿Qué es este lugar? —dijo Ricardo balbuceando —¿qué ha pasado?

—Estamos dentro de la nave —volvió a hablar el sujeto que llevaba una larga barba y ropa deportiva—. No sé cuánto tiempo ha pasado desde aquel día. ¿Tienes un teléfono celular? Tal vez podemos pedir ayuda.

—Ya te dije que no funcionan. —dijo una mujer en una celda frente a ellos— Tengo el mío desde que subimos y no enciende. Deben haber pasado varios días desde que partimos.

—¿Partimos? —preguntó Ricardo.

—Calculo que sí. Y antes de que lo preguntes, el dispositivo que te han implantado en la nuca es un supresor alimenticio y digestivo.

El niño pasó la mano por detrás de su cuello y sintió el pequeño bulto debajo de su piel. Intentó usar sus dedos para presionarlo y sacarlo, pero iba a ser imposible. Ya formaba parte de su cuerpo.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó el hombre.

—Yo soy Aldana66 —dijo acomodándose las gafas—, tengo un canal de investigación paranormal con casi un millón de seguidores. Antes de encerrarnos en estas celdas, nos dispararon estas cápsulas supresoras arriba de nuestra columna y debido a eso no sentimos hambre, sed ni otro tipo de necesidades.

—¿Qué nos van a hacer? —preguntó Ricardo.

—Ellos son como nuestros hermanos mayores —prosiguió Aldana66—. Desde hace miles de años nos han estado observándonos y ayudándonos de alguna manera. Hay evidencias de que han curado enfermedades terminales a sujetos que han sido abducidos.

—Pero esto no ha sido una abducción, sino una jodida invasión —se alarmó el barbudo —Nunca antes estas criaturas habían aparcado sus malditas naves en medio de la calle en plena luz del día.

—En eso tienes razón.

—Mis padres se quedaron —dijo el niño.

—Como muchos otros —prosiguió Aldana66— pareciera que somos los elegidos de nuestros hermanos mayores para trascender en nuestra especie.

Los otros dos guardaron silencio y antes de que la *influencer* vuelva a hablar se abrió una compuerta. Se encendieron las luces y los tres pudieron ver que habían más celdas cuyos cautivos aún se encontraban dormidos.

Entraron dos criaturas caminando con lentitud y observando a cada uno de sus prisioneros. La temperatura del lugar cambió, así como la atmósfera. Aquellos seres desprendían un olor químico y su respiración sonora y burbujeante era la razón por la que Aldana66 presentía que se comunicaban telepáticamente.

—¡Hermanos! —dijo en voz alta —Me ofrezco como voluntaria. Quiero trascender en el universo junto a ustedes.

Los extraterrestres se miraron. Se acercaron a ella y uno de ellos apuntó con un dedo a la puerta que los separaba abriéndose en el acto.

—Excelente, me gustaría formar parte...

Fue lo último que dijo Aldana66 antes de ir de rodillas para luego caer pesadamente contra el suelo metálico.

Ricardo y el deportista de barba retrocedieron todo lo que pudieron dentro de sus celdas. Habían visto claramente cómo una de esas criaturas apretó una de sus manos cerca del corazón de la *influencer*. Como si hubiera atacado a distancia para luego llevarse el cuerpo flotando por donde habían ingresado.

—¿La han matado? —preguntó el niño asustado.

—Escuché como si por dentro hubiera explotado —respondió el deportista.

El pequeño se sentó en el frío suelo y empezó a llorar como nunca en su vida.

—Niño, no llores... Mi nombre es Fernando...

—Mis papás no los voy a volver a ver... —dijo en un mar de lágrimas — vamos a morir...

Antes que el barbudo respondiera, la puerta volvió a abrirse. Esta vez entró una sola criatura, pero era diferente al resto. Sus ojos eran menos grandes y su cavidad craneal era más pronunciada hacia los lados. Levitó hacia los dos que se encontraban despiertos. Observó a ambos y se comunicó telepáticamente.

—No opongan resistencia. —la voz fue introducida en sus mentes—. El resultado será el mismo.

—Yo voy primero— dijo Fernando firmemente.

La puerta de su celda se abrió y el deportista dio un paso adelante, le guiñó un ojo a Ricardo y de un rápido movimiento sujetó y apalancó el brazo de la criatura que no salía de su asombro al ir al suelo. El barbudo uso toda su fuerza aprisionando el cuello del extraterrestre.

Todo transcurrió demasiado rápido. Fernando fue arrojado de un lado a otro, sus huesos se partieron y su cerebro quedó expuesto ante la violencia del contrataque de aquel poderoso ser que puso una mueca de fastidio al ver el frágil cuerpo masacrado de su víctima. Entraron las otras dos criaturas a llevarse lo que quedaba del humano aparentando seguir órdenes del ejecutor.

Ricardo se encontraba totalmente aterrado, el asesino de Fernando lo miró fijamente y apuntó uno de sus dedos hacia su cabeza.

El niño recobró la conciencia en una especie de sala quirúrgica. La intensidad de las luces no dejaba ver con claridad. Solo escuchaba esa incómoda respiración junto al olor que desprendía esa criatura. Sus extremidades estaban

estiradas hacia los lados sin ser sujetados por ningún material y su desnudo cuerpo estaba totalmente expuesto. Gritó y se sacudió tratando de liberarse, pero sin resultado alguno.

—Mientras menos te muevas será menos doloroso —dijo aquel poderoso ser acercándose a él —Sabemos todo de ti Ricardo Acosta. Hemos estado siguiéndote desde el día de tu nacimiento. Uno de nosotros te trajo al mundo e introdujo algo en tu cuerpo, específicamente en tu médula ósea y lo necesitamos de vuelta.

El niño dejó de sacudirse.

—Eres especial, así como el resto de humanos que estamos trasladando. No creas que eres el único, ya que una flota de cincuenta naves se ha posicionado por tu planeta. No tenemos alternativa que recuperar el tesoro que hemos alojado en ustedes. Estamos siendo perseguidos y no tenemos otra opción.

—¿Qué nos van a hacer? —preguntó Ricardo.

—Solo vamos a extraer un componente alojado en un glóbulo blanco llamado Neutrófilo. Es el único lugar de tu planeta donde se puede conservar de manera pura sin que sea afectado por el clima, enfermedades, lesiones u otras anomalías.

Ricardo enfocó el aparato puntiagudo que tenía el ser del espacio en sus delgadas manos y apartó la mirada hacia uno de los lados. Fue en ese momento que volvió a sacudirse ya que en la camilla de al lado se encontraban los restos de Aldana⁶⁶ y un poco más allá los de Fernando separado en trozos.

—Créeme que en ese estado aún me sirven. El cuerpo humano aún sin vida puede conservar lo que estamos buscando siempre y cuando no pase el tiempo de deterioro. No me costaría acabar con tu vida en este momento y hacerte lo mismo que a ellos.

—¿Moriré cuando termines?

—Es probable —dijo la criatura mientras clavaba la extensa aguja en la cadera del niño que nunca había sentido tal dolor en su vida. Gritó, pero la mano de su captor le tapó la boca.

—Silencio, el ruido me aturde.

Treinta segundos después, la jeringa completó la extracción de un líquido color azul para ser introducida en una máquina esterilizadora cuyo resultado era arrojado en un matraz.

Ricardo tosió alertando a la criatura.

—Te dije que eras especial. Vas a poder presenciar nuestra victoria.

Una explosión aturdió los sistemas de la nave. La mitad de luces se apagaron y el niño cayó al suelo liberándose de aquellas ataduras magnéticas que lo aprisionaban a la camilla. Alcanzó a ver a ese maldito, que también había caído, cómo se desesperaba por proteger el matraz con ese líquido. El pequeño se acercó a él tambaleándose, posicionó su boca cerca de un orificio en uno de los costados de su cabeza y gritó con todas sus fuerzas a punto de que su garganta explotara. La criatura puso una expresión de sumo dolor y comenzó a dar vueltas en el piso de su sala de operaciones chillando y pataleando.

Cuando recobró la compostura, el niño humano y el matraz con su tesoro habían desaparecido. Mentalmente comunicó a sus tropas que lo atrapen sin que se pierda lo que tanto les había costado conservar.

Ricardo corría en la oscuridad sosteniendo aquella sustancia tan importante y que no la soltaría a menos que lo dejen de vuelta en su planeta con sus padres. La oscuridad y el ruido de algunas explosiones ayudaba a que pase desapercibido. Todo indicaba que esos extraterrestres estaban siendo

atacados por otras naves. Siguió avanzando hasta que esa voz volvió a entrar en su cerebro.

—Maldito niño, entrégame lo que llevas contigo o no tendré reparo en arrancar cada hueso de tu cuerpo aún vivo.

Ricardo se escabulló hacia una zona sin mucho ruido y caminó en la oscuridad hacia una sala con un grupo de sillas y un altar alumbrados por una especie de candelabros.

—Ya sé dónde te encuentras, puedo detectar cada uno de tus movimientos dentro de mi nave y en menos de lo que piensas ya habré llegado a ti.

Se restableció la energía y poco a poco se encendieron las luces dejando que el niño alcance a ver aquel mural con esa imagen que esas criaturas veneraban.

—No puede ser —dijo sujetando el matraz.

La figura de un extraterrestre crucificado con clavos junto a otros dos mientras uno de color y raza diferentes le clavaba una especie de lanza en un costado haciéndolo sangrar ese líquido azul con la misma tonalidad que él tenía en su poder en esa botella de vidrio.

—Es la sangre de nuestro salvador —escuchó la voz en su cerebro y los pasos detrás de él —Y es tan poderosa que hemos tenido que esconderla y protegerla en el cuerpo de nuestras creaciones. Contiene la energía suficiente para hacer vida como para destruirla. La necesito como arma y cada gota cuenta.

—Quiero regresar a mi casa —dijo el niño amenazando en arrojar el matraz al suelo.

—Si me lo entregas, te enviaré de vuelta.

Ricardo lo dudó por un instante, pero no tenía otra opción. Se acercó a la criatura, pero esta mostró una mirada aterradora. Y levitó velozmente hacia él

y hubiera arrancado las manos del niño si no hubiera sido por los disparos que cayeron en su cuerpo.

Un grupo de diferentes seres armados atravesaron la sala acribillando a todos los tripulantes disparando contra la imagen religiosa crucificada y emitiendo sonidos de júbilo. Ni les importó la presencia de Ricardo que se quedó en el mismo lugar con el matraz en sus brazos sin rumbo alguno en una nave abandonada.

NO LIGHT

Por Gaspar Paredes

He sido un zángano desde que tengo uso de razón. Mi sueño era ser un profesional en los eSports. Lástima que el único juego en el cual puedo desenvolverme como un verdadero pro no tiene el impacto suficiente para ser considerado, en fin. Todo estaba como de costumbre, ingresaba a mi cuenta de *No light*.

Es un juego en primera persona, tienes que entrar a sótanos o lugares abandonados en total oscuridad, encender el interruptor de electricidad, o cualquier herramienta, artefacto o artilugio que genere luz (siempre está escondido en las zonas más tenebrosas). Los enemigos son demonios o monstruos malvados, que obstaculizan que esto suceda, pero a la mínima iluminación, estos se esconden y automáticamente ganas. A veces encuentras fósforos, encendedores y hasta linternas con baterías por agotarse, y con eso basta para pasar el nivel. Es un juego de terror de temática sencilla y no sólo lo digo porque sea uno de los mejores en el ranking, sino, porque para los amantes del miedo, como yo, este juego es un succulento bocadillo de terror.

Me sorprendí mucho al conocer un gamer, que, en poco tiempo estaba por igualarme y de seguir así, superarme. Lo que me había costado una vida, al él un mes. Situación que me incomodaba, ya que estaba por aplastar el único logro del cual me sentía orgulloso.

Un domingo por la tarde ingresé al juego, lo primero que hice fue ver el ranking, mis ojos por poco se desorbitaron al ver que estaba segundo. Aquel usuario de nickname AISHA me había superado. Mi némesis estaba en línea, por lo que decidí stalkear su perfil, aprender de su modo de juego. AISHA había superado, en cuestión de horas, mundos en los que yo tardé mucho más.

Pese a la calidad de juego que este sujeto tenía, yo era el único que lo veía jugar en directo, esto era vergonzoso, todos evitaban ver las partidas avanzadas para no ser tildados de tramposos al aprenderse los caminos. Además, corrías el riesgo de que el usuario te reporte. En cuanto ingresé a verlo, AISHA detuvo y cerró su partida. Luego de unos minutos me mandó una solicitud de amistad en el *Buddy*. Acepté e inmediatamente después todo comenzó.

—Hola. A este nivel se puede entrar en *Party*, ¿te unes? —preguntó AISHA

No respondí nada, simplemente mandé mi invitación para que se uniera. Aceptó.

Jugamos por horas, era como su mascota, la seguía a donde iba, era tan hábil que, encontraba la luz en cuestión de minutos. A veces, solo para burlarse de mí, me asustaba llevándome hacia donde estaban los seres de ultratumba. Jugamos y jugamos, hasta que llegamos al límite. Vi la hora, eran casi las cinco de la mañana, era inexplicable como si estar ahí con AISHA hiciera que mi tiempo real fuese muy lento, pero, dentro del juego, en su juego, eran tiempos cortísimos. Me despidió, y dijo que probablemente mañana desbloquearían nuevos niveles para volver a jugar.

Desperté muy tarde, casi a las dos de la tarde, mi *Buddy* estaba lleno de mensajes de AISHA, y debajo, un correo electrónico al cuál redactarle mensajes. No había forma de hacerme amigo de un freak que, además, era mi rival. Pero todo eso cambió cuando anexó una foto suya. Era una mujer. AISHA es una chica, pensé. Al verme dudar escribió mi nickname en su dedo índice mostrándola al arrimarla sobre sus labios, en un gesto de silencio. Sin lavarme la cara, sin desear nada más que poder constatar si no se trataba de una broma escribí al correo brindado, hasta dándole mi número telefónico para

que llamase. No pasó nada hasta casi las seis de la tarde, momento en el que mi teléfono sonó.

—¿Aló?

—Soy AISHA, ingresa al juego —dijo y colgó de inmediato.

Así lo hice, puse el teléfono en su lugar, me senté frente a la PC, movía las piernas ansioso mientras el juego cargaba. Una vez dentro de los servidores, vi que se abrieron dos niveles más. Intenté cortejarla, convencerla de vernos.

—¿Te parece si jugamos desde tu casa?

—No lo creo, no puedo permitir que entren desconocidos, vivo solo. Además, ni siquiera estoy convencido de que seas o no una mujer. De ser el caso, probablemente te quisiera ver por video antes.

En cuanto dije esto, AISHA, se desconectó y un correo electrónico llegó. Era ella en video, en él me pidió jugar juntos. Era hermosa, una rubia de ojos verdes, con un collarín rojo con letras negras, en este se podía leer: AISHA. Cuando eso pasó, le pedí que me dejara verla por Skype, pero lo hice por escrito. Temía mostrarme, no soy nada atractivo, la desanimaría de inmediato. Pasaron unos segundos y el celular volvió a notificarme.

[Si pese a todo, sigues dudando de mí, pues no tendría caso vernos por video. Te estoy pidiendo jugar juntos desde tu casa. Yo iré.]

Adjuntó una foto suya de cuerpo completo, y vaya cuerpo. Me emocioné al punto de intentar masturbarme con esa foto, pero pensé que lo mejor sería verla, hasta creí que podríamos follar. Apresurado, nublado por la calentura, le respondí:

[Te daré mi dirección, para que puedas llegar, no tardes que será mejor tener mucho tiempo juntos.]

Ella respondió con algo simple.

[Sé dónde vives.]

Me percaté de la hora y eran casi las diez de la noche. No entendí cómo es que el tiempo transcurría de manera tan rápida cuando se trataba de ella. Me sequé la cara grasosa con las manos, acomodé mis gafas y respondí:

[Te daré la dirección, con una condición, prométeme que te quedarás conmigo hoy.]

Ella respondió:

[Prometo que hasta me podría quedar con tu cuerpo, no necesito tu dirección, la sé, necesito que hagas algo por mí. Es algo simple. Apaga tus luces, ingresa a los nuevos niveles del juego y repite fuertemente tres veces el nombre del nivel.]

Pensé que se trataba de una locura hacer semejante estupidez, a los pocos segundos me llegó una foto de ella sentada frente a la PC y con su dedo meñique metido en su boca de manera sugestiva, no dudé en hacerlo.

El nivel llevaba como nombre: “Quiero olerte mientras respiras detrás de mí”.

Leí aquel encabezado dos veces con cierto recelo. Cuando estaba por mencionar la tercera vez, la pantalla de la PC, se interrumpió como si se tratara de un corto, seguido de eso, un mensaje al celular... era ella.

[Se te olvidaron apagar las luces.]

Suspiré, caminé hacia la única luz prendida, la de la cocina. Volví a sentarme, lo único que ahora podía alumbrar mi casa era el monitor. Pese a tener los ojos abiertos, estaba completamente ciego, cerré los ojos y comencé:

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

«QUIERO OLERTE MIENTRAS RESPIRAS DETRÁS DE MÍ.»

El monitor se apagó y el silencio se apoderó de mi recinto, la oscuridad era plena, tuve muchísimo miedo. Corrí hacia la puerta, pero no tenía caso. Mi casa ahora era un laberinto nebuloso de negrura incomparable. Sólo podía ver mis manos, era... era... yo quien ahora, estaba dentro de aquel juego. Comencé a gritar lisuras, socorro, era un puto sueño o algo peor, una pesadilla.

Tenía que ser fuerte, todo era tan real. Caminé y el monitor se prendió con luz tenue, dentro de la pantalla el rostro de AISHA emergió. Ella esbozó una siniestra sonrisa y comenzó a hablar, su tono de su voz era una muy distorsionada, gravísima, gutural. Soltó una carcajada y acotó: *No light*.

Aquel bello rostro, comenzó a desfigurarse, se derretía, los ojos se volvieron completamente blancos y muy grandes, su boca era cuadrículada, pero dentro tenía una especie de barrera de pellejo. Se quedó calva, sin nariz y como si se

tratase de un ser hecha de cerumen de un tono verdoso similar al musgo, esa piel horrible escurría sin parar una sustancia viscosa y negra. Cayó al suelo, se puso de pie y se acercaba hacia mí de una forma muy lenta, era una babosa pestilente y horripilante. Apestaba horrible, como un saco lleno de sangre y gatos pudriéndose dentro de ella, el olor se incrementaba conforme ese ente venía a mi dirección, seguía pasmado, mojé los pantalones con orines de miedo. Ella balbuceaba algo y dentro de su boca se inflaban burbujas purulentas producidas por el intento de decir algo: quería hablar. Me tapé la nariz con los dedos, puesto que hedor cada vez era más penetrante. No tenía escapatoria, debía huir, fue en ese instante que entendí el nombre del nivel: «Quiero olerte, mientras respiras detrás de mí.»

Entre llantos, corría, sin saber ni a dónde, estirando mis manos cual ciego en un afán de encontrar solvencia. Me resbalé con algo mohoso que pisé, aquel charco del líquido similar a la baba humana, me dio la primera señal, estaba corriendo en círculo, o lo que es peor, AISHA, ahora estaba aumentando en tamaño o como solía pasar en el juego, aumentaba en cantidades. Veía hacia atrás, los grandes ojos blancos de esa abominación estaban cada vez más cerca de mí, pese al pavor de saber que estaba a punto de ser devorado por un saco de fluidos pestilentes, era lo único que me impulsaba a pensar de forma coherente, fue ese miedo que tanto amo, la emoción que me dio la respuesta. Recordé que sí era bueno en algo, ese algo era el juego. Me paré, y en lugar de seguir corriendo en lo que supuse eran círculos, fui en dirección al monstruo, regresé al punto de partida guiándome del charco en el cual, había resbalado, aquel fétido olor seguía a mis espaldas, cada vez más y más potente, acompañados de unos gemidos similares a los estertores de la muerte.

Las náuseas y el olor se alejaban cuando me acercaba a AISHA, sin embargo, el gemido se incrementó cuando estuve frente a frente de aquella

criatura. Desesperado comenzaba a golpear todo lo que palpaba, hasta que, pateé mi escritorio, y en ella estaba la PC, busqué el CPU sudoroso, desesperado presioné el botón de encendido, fue justo en ese momento cuando la boca de AISHA, estaba abriéndose para comenzar a engullirme de cabeza a pies. El monitor se volvió azul y después blanco.

Fue con esa mínima iluminación que logré ganar, había prendido la única fuente de luz que estaba dentro del agujero en el cual me había perdido a causa de AISHA. Cerré los ojos en un afán de asimilar la truculenta vivencia. Al abrirlas, todo estaba como antes salvo un detalle, mi sala apestaba a mierda, a kilos de mierda fresca. Vi el reloj de pared, y eran las ocho de la noche, en el monitor la fecha indicaba que transcurrió un día.

Desconcertado y bajo un total colapso nervioso, decidí darme una ducha, pero cuando estaba por pararme del asiento y salir de mi escritorio, de cada orificio de la computadora, ese genuino hedor a monstruo comenzó a emanar. Mi celular vibró y leí un mensaje:

[Te falta un nivel por superar.]

EL FESTÍN DE LOS RECUERDOS

Por Eddie Mordred

En el tumulto de sus propios recuerdos, Spencer se hallaba preso de una extraña metamorfosis: la paulatina e ineludible pérdida de Julia. Fue una decisión consciente, sí, pero la primera semana se sumergió en un estado de shock que lo dejó inerte. Ahora, transcurrida otra semana, sentía el eco punzante de su ausencia, una melancolía que empezaba a devorarlo vivo. ¿Cómo podía extrañar lo que deliberadamente había abandonado?

Dos recuerdos relucían en su mente con un brillo etéreo, dos destellos de plenitud en su existencia: el día que sus labios rozaron los de Julia por primera vez, fundiéndose en un efímero pero intenso beso, y su sexto cumpleaños, un instante de pura inocencia.

Así que se le ocurrió una idea. Esa tarde, después del trabajo, volvería al pasado. Spencer lo hacía esporádicamente, volvía una vez cada tres meses a la primera vez que conoció a Julia, lo hacía en secreto, ¡qué perdedor!

Mientras estaba aburrido sintiéndose superior a su compañero de cubículo, la televisión en el trabajo murmuraba un reportaje inquietante:

¡Horribles convulsiones en las víctimas! Los casos han aumentado desde que las cápsulas de regresión se han vuelto a poner de moda. Las personas regresan a sus mejores momentos y luego son incapaces de volver a la realidad. La comunidad científica explica que el aparente coma temporal del paciente no es más que su conciencia suspendida en el lóbulo frontal, reteniendo apenas un mínimo de recuerdos intactos. Termina siendo un olvido de uno mismo.

¿Qué sería de alguien sin su propia historia? ¿Una amnesia autoinfligida en aras de la dicha temporal? Spencer de pronto levanta la mirada y pondera rápidamente la información mostrada en la televisión. Su rostro no cambia de expresión. Está decidido, cueste lo que cueste.

Ya en casa, Spencer se prepara para el viaje. Apaga todos sus aparatos electrónicos, echa llave a las puertas y deja suficiente comida para el gato como para un mes. Con la silla en medio del cuarto y la píldora en la mano, Spencer está listo para retornar a la felicidad pasada.

Cierra los ojos.

Es un viaje inmediato y sin turbulencia. El sonido de la música de fiesta y olor a torta de chocolate despierta a Spencer, quien está completamente confundido. Observa una mesa llena de regalos envueltos en papeles de colores, una piñata y decenas de niños sin rostros que acompañan el momento. Spencer ata cabos que ha regresado a uno de sus cumpleaños, pero no tiene claro cuál. Podría ser varios momentos mezclados o quizás alguno que nunca existió. Sea cual fuese, Julia no está por ningún lado.

De pronto, el estrepitoso sonido de un accidente vehicular rompe el ambiente de la fiesta, pero sin alertar a los invitados sin rostro. Spencer corre hacia la entrada temiendo lo peor. Y no estaba equivocado. Julia yacía en el suelo a varios metros de la camioneta que la acababa de embestir. Con el cráneo abierto y la materia gris esparcida por todo el pavimento. El grito ahogado de Spencer recorre la calle. No hay conductor. No hay peatones. Sólo dolor y una escena carmesí que recuerda a un Pollock. Spencer llora sin control mientras sujeta el cuerpo inerte de su amada. En ese momento, un poderoso impulso

eléctrico invade su cuerpo, dándole sacudidas incontrolables que destruyen sus nervios como brasas ardientes.

Spencer despierta. No sabe cuánto tiempo estuvo dormido. Pero el sonido de música de fiesta y olor a torta de chocolate fue lo que lo trajo de vuelta. Es el cumpleaños de nuevo. La misma gente sin rostro. De nuevo.

Y como si fuera un tétrico dejavu, el accidente vuelve a ocurrir frente a la atormentada mirada de Spencer. Una y otra vez. Por el resto de la eternidad.

O, por lo menos, hasta que su cuerpo en la vida real muera de inanición.

UN ERRANTE ALEATORIO

Por Hamev

«Muy buenos días, residencial Ruiz. Son las 06:05 de la mañana. Es un precioso sábado del 15 de enero de 2084. La temperatura en Lima es de 24 grados centígrados en exterior y 22, en interior. Bastante fresco. Aunque se pronostica ligeros picos de radiación a partir del mediodía, por lo que recomiendo usar un bloqueador con FPS 50 antes de salir...».

Adán Ruiz despertó con buen ánimo, lleno del vigor que aporta dormir ocho horas.

La asistente virtual continuaba su reporte matutino: *«...No hay eventos registrados en la agenda para hoy. El periférico +LENs H9, ya se encuentra cargado y listo».*

Adán hizo algunos estiramientos, luego salió presuroso rumbo al baño. La habitación se iluminó ni bien sus pies tocaron el suelo. Varios dispositivos ubicados por la casa cobraron vida a su paso, creando una sinfonía de chirridos.

Regresó al minuto. Corrió directo a sentarse en la cama, tomó las gafas de realidad virtual +LENs que estaban sobre la mesa de noche y se las puso, después se acomodó los audífonos integrados. Su visión quedó inmersa en absoluta oscuridad y su audición, aislada del ruido.

«Encender», pensó. El sistema inició al instante. Una cálida voz (artificial), volvió a escucharse:

—Buenos días, Adán.

Poco a poco la opacidad del polarizado de las gafas disminuyó hasta que todo a su alrededor se tornó visible.

—Cargar filtros —dijo entre bostezos.

En un parpadeo, el panorama cambió completamente, su cuarto fue reemplazado por la cabina de una nave espacial. Las paredes que hace unos segundos habían sido blancas, ahora eran estantes de maquinaria compleja llena de luces, bobinas y pantallas con gráficos ilegibles. Su cama se transformó en una cápsula de criogenización y, en medio del techo, apareció una gran ventana circular desde la cual se podía apreciar la majestuosidad del cosmos.

Un escenario futurista, pero con el estilo visual *retro* tan característico de la revista *Amazing Stories*, de 1950.

—*El Demeter XIV le da la bienvenida, comandante Ruiz.*

Este elaborado *filtro* le había costado casi tres mil soles. Sonrió. Valía cada céntimo.

Apretó el puño derecho, luego extendió la palma. Una ventanilla transparente emergió en el extremo inferior izquierdo de su campo de visión. Se acomodó mejor. Movía los dedos para abrir y cerrar nuevas pestañas que mostraban las noticias, sus redes sociales y algunas anotaciones personales.

—*El desayuno está servido, comandante.*

Dio una palmada, los mensajes desaparecieron.

Adán volvió a estirarse. Se puso en pie y salió del dormitorio. Conforme avanzaba, el *filtro* convertía cada ambiente en otra extensión del *Demeter XIV*.

La cocina estaba decorada con paneles de metal cromado de los que brotaban brazos robóticos. Estas prótesis realizaban quehaceres de limpieza, mientras soltaban chispas y chorros de vapor. Él sabía que las máquinas que veía tenían en realidad una apariencia más austera (incluso varias ni siquiera existían); no obstante, eso no limitaba su gozo.

Sobre la mesa del comedor se hallaba una taza de café, junto a un gran plato de fruta picada y unas tostadas con mantequilla. Alzó la vista, en el extremo superior derecho había un reloj digital: «06:31 a.m.».

—Estoy bien.

Dio una palmada, todas las ventanas reaparecieron.

Devoró el desayuno en menos de cinco minutos, pero procrastinó otros treinta. Cuando fue consciente de la hora, corrió de regreso al cuarto a cambiarse. No le alcanzaba el tiempo para darse un baño. Ni modo. Un poco de perfume y el *filtro* se encargaría de lo demás.

Tomó del ropero un pantalón deportivo y un polo de manga larga, ambas prendas eran totalmente blancas, salvo por un pequeño cuadrado negro situado al medio del pecho y la espalda. Terminó de vestirse con unas zapatillas rojas, después se paró frente a un espejo y extendió la palma. Una nueva ventana se abrió: «*Outfits*». Recorrió con los dedos entre las opciones hasta que seleccionó unos *jeans*, unas botas negras y una casaca de cuero verde.

—Cargar ropa.

Cerró el puño, a la vez que estiraba brazos y piernas. De inmediato lucía el atuendo que había seleccionado. Apreció la chaqueta, su favorita, tenía unos adornos que la asemejaban a un traje espacial.

«*Excelente elección, comandante*».

Satisfecho, volvió a revisar la hora. Debía salir ya.

—Apagar *filtros* —dijo, mientras avanzaba hacia la salida.

El *Demeter XIV* parpadeó un par de veces. Enseguida comenzó a desintegrarse. Cuando Adán cerró la puerta, las paredes blancas habían regresado.

• • •

Caminaba escuchando su *playlist* favorita de Elvis Presley. Era un viaje aproximado de quince minutos a pie que aprovechaba para cumplir con la cuota

mensual de actividad física. Trabajaba a distancia como asistente de Relaciones Públicas para una prestigiosa clínica oftalmológica; sin embargo, cada tercer sábado del mes debía asistir de forma presencial para emitir reportes.

...Well, I'm going, going, going, going away baby

And I won't be back to fall...

Las calles estaban casi vacías, no se topó con otras personas hasta que estuvo a medio camino. Una joven pareja trotaba por la vereda en sentido contrario al suyo. Sonrieron al verlo. Adán devolvió el saludo asintiendo con la cabeza. Estaba a punto de agregar un: «Buenos días», pero no dijo nada.

Algo le decía que no eran usuarios reales.

En los últimos meses se le ha acusado al alcalde de utilizar *bots* para llenar el distrito con «residentes perfectos», en un intento desesperado por incentivar la gentrificación.

Era un bello día. Vivía en una zona residencial con gigantescos, modernos y extravagantes edificios. Un paisaje urbano innovador en equilibrio con el medioambiente. Las calles integraban en perfecta composición árboles, flores y arbustos que lucían frondosos, llenos de la vitalidad del verano.

...And I'm going away baby

And I won't be back till fall...

Al cabo de un rato llegó a la zona comercial. El panorama general era muy similar al de su barrio, salvo que los edificios eran más pequeños y colmados de anuncios, pues estaban dedicados exclusivamente al entretenimiento.

Debido a la hora, solo las cafeterías estaban abiertas. Una guapa mesera lo saludó cuando cruzó por delante de su negocio.

—¡Hola, Galáctico! ¿Vienes por un jugo de fresa? —preguntó con una radiante sonrisa.

—Hola, Flavia. No puedo, voy tarde a la oficina... —respondió Adán, luego con una sonrisa sutil agregó—: Pero vengo para el almuerzo.

—¡Te espero, eh!

A veces creía que Flavia era un *bot*. No se explicaba cómo podía mantenerse tan risueña pese a ser la única mesera que trabajaba en esa sucursal. Una vez la había visto atender con local lleno en hora punta sin inmutarse. Adán sonrió y negó con la cabeza. Flavia era real, tenía pruebas. Hace unos meses le dejó una generosa propina, ella como agradecimiento lo tomó de la mano.

Quizás algún *filtro* de Atención al cliente.

Llegó al trabajo con cinco minutos de sobra. «Clínica Santa Rosa», se leía en lo alto del centro médico. Avanzó hacia la entrada del personal. Su visor se sintonizó de inmediato con el panel de ingreso. Las puertas se abrieron de modo automático, mientras una ventana emergente le daba la bienvenida junto al registro de asistencia.

«*Buenos días, señor Ruiz. Hora de ingreso: 07:25 a.m.*».

El guardia lo saludó alzando la cabeza. Era un hombre corpulento de un metro noventa de alto y mirada severa.

Caminó por el vestíbulo hasta llegar a la recepción.

Una joven esbelta de cutis perfecto como porcelana rosa, de penetrantes ojos azules y con una cabellera rubia deslumbrante; sonrió al verlo.

—¡Buenos días, Adán!

—Hola, Victoria. Buenos días.

—Llegas a tiempo, querido. Usa la cabina quince del cuarto piso, ¿sí? Ahorita te mando toda la información a tu +LENs.

Adán asintió. Subió por las escaleras (para almorzar sin culpa). Apenas llegó al cuarto piso buscó el cubículo asignado. Lo encontró y se instaló. El compartimiento constaba de un *sillón de inmersión* rodeado de paredes blancas en un área de nueve metros cuadrados.

Una ventana apareció en el visor: «*Acceso concedido. Bienvenido, señor Ruiz*».

Acababa de acomodarse cuando una alerta lo sorprendió:

«*Programa incompatible*». «*Descargar actualización*».

Quedó perplejo por unos segundos. Nunca había visto un mensaje como ese. Por más que movía las manos, nada sucedía. La pantalla estaba congelada.

—Descargar actualizaciones.

Entonces el visor emitió un zumbido, después se apagó de manera imprevista.

• • •

Adán estaba ciego y sordo.

—Encender.

No hubo respuesta.

—¡Encender! —gritó, aunque no podía escucharse.

Nada.

Con cuidado se quitó las gafas. La iluminación de la sala no le permitía abrir bien los ojos. Su desconcierto se acrecentó al mirar alrededor. ¿Dónde estaba? Era como si se hubiera teletransportado a otro cubículo. Las paredes lisas y pulcras fueron reemplazadas por placas de madera carcomida, sucia y vieja.

Un *filtro* de interiores. Tampoco era la gran cosa. Es normal que las empresas usen *filtros* para mejorar el aspecto de sus instalaciones, pero no esperaba encontrar un espacio tan descuidado.

De repente sintió náuseas.

Se puso en pie de un brinco, así permaneció rehusándose a tocar cualquier cosa de esa inmunda pieza. Estuvo cerca de diez minutos tratando de encender su visor sin éxito.

Resignado, se colgó las gafas en el cuello. Bajó a recepción.

Al llegar, no halló a Victoria. Extrañamente, un hombre robusto y desaliñado estaba sentado en su lugar.

—Disculpe, busco a...

—¿Acabaste, Adán? —interrumpió el hombre.

—¿Nos conocemos? —preguntó perplejo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ay, querido!

—¿V-Victoria?

—¿Sí? ¿Estás bien?... ¡Espera! —el hombre se ruborizó—. ¿Por qué no puedo ver tu perfil? ¡¿Te quitaste los +LENs?!

—Sí, es que creo que se han malogrado... Por eso bajé...

—¡Eso no está bien! —chilló el hombre avergonzado. Trataba de ocultarse detrás del escritorio—. ¡Sabes que es de pésima educación sacarse el visor al hablar con alguien!

—Lo siento, V-Victoria —Adán también se ruborizó—. Mis gafas no sirven... por eso me las quité.

El hombre reflexionó un instante.

—Está bien, Adán. Pero no hay nada que pueda hacer. —dijo con calma, intentaba recuperar la compostura—. Si tu +LENs no funciona te recomiendo que te pongas en contacto con el proveedor y lo soluciones.

—Es solo que...

—¡Nada! Sin un visor no puedes trabajar. ¡Vuelve a casa, querido!

—Pero ¿cómo llamo si mi visor no funciona?

—No lo sé, Adán. Por favor, retírate... —suspiró al finalizar.

Adán vio que el hombre estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. No tuvo más opción que desistir. Podría meterse en problemas si llamaba a seguridad.

Por suerte, al llegar a la puerta, el guardia no se encontraba en su puesto. Aunque él podría jurar que vio a una jovencita correr desde la entrada hacia las escaleras de emergencia, tan pronto como comenzó la conmoción.

Ha de ser una coincidencia.

Al salir todo lucía diferente. La clínica y cada edificio de la manzana eran mucho más pequeños, sus fachadas solo estaban decoradas con pintura gris (y algunas luces). Ni una pizca de vegetación, las áreas verdes no existían.

Avanzaba a tantas, guiado solo por la memoria muscular de sus piernas. Estaba perdido en medio de aquellas calles irreconocibles. No era tan ingenuo para creer que el distrito no estaba adornado con *filtros*; aun así, el embellecimiento artificial calaba en lo ridículo. Pese todo, las avenidas estaban limpias, sin basura o desperdicios.

Lo que agradeció.

Un carro estuvo cerca de atropellarlo, esos malditos vehículos eléctricos son tan silenciosos y rápidos. Sin la alarma de proximidad de su +LENs se sentía ciego e inseguro. Quería pedir ayuda, pero sabía que la gente lo rechazaría de inmediato al darse cuenta de que no usaba un visor.

Además, las calles seguían vacías.

Se las arregló para llegar a la avenida donde estaba el negocio de Flavia. Sabía que, al verlo, ella se acercaría a saludarlo. Con tantas emociones a flor de

piel, no se sentía preparado para averiguar en ese momento (y de esa forma) si Flavia era un *bot*.

Corrió con la mirada fija en el horizonte, sin atreverse a voltear. Sin embargo, al llegar al otro extremo de la calle la curiosidad pudo más. Alzó la cabeza. El negocio estaba lleno de comensales, mas no había rastro de la guapa mesera. El corazón le estallaba.

Dio la vuelta, aceleró el paso.

Finalmente, regresó a casa. Entró al dormitorio y empezó a rebuscar entre sus cosas hasta encontrar las *gafas básicas* que regalaba el Estado. Se las puso, tomó el *joystick* e ingresó a la *web* de *+LENs* para ordenar un nuevo par. Estaba a punto de efectuar la compra, cuando el timbre sonó.

Apenas llegó a la sala pudo ver un gran paquete entrando por el oxidado buzón de *delivery*. Miró desde la ventana al dron mensajero con el logotipo de *+LENs* alejarse volando

Ni siquiera lo dudó.

Se abalanzó sobre el paquete y usó hasta los dientes para abrirlo. Unas gafas *+LENs Pro H10 plus*, yacían frente a él junto a una pequeña nota doblada:

Agradezco tu discreción.

Victoria.

Adán, conmovido, sonrió eufórico.

—¡Qué hermosa muchacha!

EL EXPERIMENTO

Por Carlos Echevarría

Estuve encerrado en un laboratorio subterráneo desde los dos hasta los dieciséis años. Los científicos de la corporación Hydro me convirtieron en un experimento y analizaron cada centímetro de mi cuerpo, la evolución de mis sentidos e, incluso, mis pensamientos y sueños —eso fue lo que creyeron—. Me educaron, me enseñaron a hablar, a caminar, a sumar y restar. Me instruyeron en todas las materias escolares y, con videos y libros, descubrí lo que existía fuera de aquellas paredes metalizadas. Supuestamente era el año 2084 y nos encontrábamos en la selva peruana, muy lejos de Lima. Hacía diez años ocurrió una revolución que trajo paz y justicia a este país dividido. Después de cinco años, el gobierno hizo una alianza con la corporación para traer salud y tecnología, desde entonces ellos operan en distintos puntos del país y reclutan a niños de pueblos olvidados. Yo fui uno de aquellos tristes infantes que nunca pudieron elegir. Me hicieron parte de su organización, mas no era igual que ellos: era un espécimen al que estudiaban, un código, un pequeño que poco a poco se iba convertía en una aberración.

La primera fase del experimento duró diez años. Durante ese tiempo los días fueron similares: en las mañanas me daban pastillas y me inyectaban alguna sustancia, luego me instruían. En las tardes realizaban pruebas físicas y medían mis sentidos. Se hacían llamar mi familia, decían ser mis hermanos mayores. Me hicieron creer que era especial, un ser superdotado que sería fundamental para la corporación y mi país, que era afortunado de estar ahí. Así pasé tantos años de mi niñez: aprendiendo teoría sin vivir, imaginando el mundo que nunca vi con mis ojos. Cuando veía aquellas películas y leía

aquellos libros solo deseaba sumergirme en esas historias y entrar en ese mundo ficticio; compartir con los personajes, reír y llorar con ellos, sentir dolor y angustia por las circunstancias que se te presentan en la vida.

La segunda fase del experimento nunca la olvidaré, fue ahí cuando terminé de convertirme en el engendro que ahora soy. Cuando crearon estas cicatrices en mi mente y en mi cuerpo. Me llevaron a un nuevo ambiente que jamás había visto. Descendimos por un ascensor y llegamos a unos sombríos pasadizos, tan solo iluminados por fluorescentes en el techo. Caminé por varios minutos, observé muchas puertas y me crucé con muchos científicos como aquellos que me guiaban. Ninguno me miró, todos seguían su rumbo sin preocuparse por mi existencia. ¿Era especial? ¿Era un elemento importante para aquella organización? ¿Por qué todos actuaban como si no estuviera ahí?

Finalmente llegamos a la puerta que me correspondía e ingresamos a un gran laboratorio cuyas paredes metálicas estaban llenas de máquinas con luces multicolores. Había nueve escritorios en donde yacían sentados diversos científicos de batas blancas trabajando en pantallas holográficas. La gran protagonista de aquel macabro lugar era una cápsula semitransparente ubicada justo al centro, sobre una plataforma, conectada a diversos cables que atravesaban desordenados el suelo hasta llegar a las máquinas.

«Ellos también son tus hermanos», me dijeron los científicos que me acompañaron durante mi niñez, luego se dieron media vuelta y me dieron la espalda. Nunca los volví a ver. Yo tenía solo doce años y me arrebataron a las únicas personas en quienes confiaba. Entonces se acercó a mí la doctora Soto y pasó su mano por mis cabellos. «No te preocupes, todo estará bien. Yo me encargaré de ti». Sentí un escalofrío al oír por primera vez aquella voz grave y rumorosa tan particular. Solo bastaron unos segundos para convencerme. No sé por qué, pero le creí de inmediato y confíé en ella. Me guio hasta la cápsula

y, cuando estuve frente a la máquina, me pidió que me desnudara. Por primera vez sentí pudor al saber que alguien observaría mi sexo. ¿Por qué? Durante mi niñez nadie me dijo que debía cubrirme, pero ahora temblaba ante la presencia de la doctora, quien notó las sensaciones que me embargaban. Ella se paró frente a mí y se agachó para que su rostro quedase a mi altura. Con una mano acomodó su larga cabellera negra y ondulada que había cubierto sus ojos pardos. «Todo estará bien, esto es parte de tu proceso. No temas».

Con mucho pudor, me despojé de mis prendas y sentí las frías losetas bajo mis pies, en ese instante me sentí indefenso ante la mirada de la doctora Soto y de su equipo de trabajo que esperaba expectante. Uno de ellos abrió la puerta semitransparente desde su pantalla holográfica y observé el pequeño espacio en el que pasaría los próximos tres años de mi vida. ¿Valía el sacrificio? Si era tan especial, ¿por qué necesitaba de aquella máquina? La voz de aliento de la doctora Soto me empujaba hacia la cápsula y di los primeros pasos hacia mi encierro. Subí dos escalones de la plataforma, di media vuelta e ingresé. De inmediato tuve ganas de salir, de pedir que me liberasen, de gritar que no quería ser especial. ¡No quería ser parte de esa corporación! Mas no tuve tiempo de exteriorizar mis sentimientos, la puerta se cerró y mi voz se ahogó en el artefacto.

Durante aquellos tres años pasé más tiempo dormido que despierto y confundía mis sueños con la realidad. Incluso, al abrir los ojos, me veía atrapado durante horas en aquella sensación de creer que lo soñado realmente ocurrió, que aquella cápsula, aquel laboratorio, aquellos científicos eran solo un escenario de transición y regresaría nuevamente al último sueño. Finalmente me despertaba y retomaba conciencia de mi realidad. Durante mis horas despierto escuchaba las voces de la doctora Soto y de los científicos que

se acercaban a hablarme. «¿Cómo estás hoy?», «Estás evolucionando favorablemente», «Pronto saldrás de aquí y podrás trabajar con nosotros».

Entre mis quince y dieciséis años aún les creía y la esperanza de libertad era lo que me mantenía cuerdo; sin embargo, algo en el experimento falló y eso me hizo entender la realidad y dudar de todo lo que me decían. La corporación buscaba convertirme en un ser superdotado físicamente. Cuando terminara mi proceso sería parte del gobierno y elegiría si me incorporaría en las fuerzas armadas, policiales o inteligencia. Era una pieza fundamental para consolidar la revolución y exterminar a esos terroristas que hasta hoy buscan derrocar a nuestro presidente. Entre todos los niños peruanos, yo era uno en un millón, una persona excepcional y no podía desperdiciar mi potencial. Los científicos estimularon mis sentidos con aquellas máquinas que me rodeaban. Poco a poco mi vista y mi oído se agudizaron, mis músculos se ensacharon a la par que nuevas agujas penetraban otros puntos de mi cuerpo que producían grietas imborrables en mi piel.

Primero pude ver mejor a los científicos, veía sus rostros como si estuvieran a centímetros de mí, sus miradas, sus expresiones cansadas. Luego empecé a oír con mayor precisión, escuché las conversaciones que tenían sobre mí, como hablaban del proyecto como si yo fuera solo un espécimen. Los sentí lejanos, ellos no eran mi familia. Intenté ahogar ese pensamiento, me convencí de que era normal hablar así; tal vez yo no entendía las relaciones interpersonales, no había vivido. Sin embargo, mi oído se hizo cada vez más agudo y algunos murmullos, al principio ininteligibles, llegaban a mí. No sabía qué eran, de dónde provenían, hasta que descubrí que eran ruidos de los otros laboratorios adyacentes. Con las semanas oí mejor, eran otros

experimentos, no puedo asegurar que estaban creando, pero distinguí las mismas palabras que me decía la doctora Soto.

¿Cómo podía ser cierto? ¿Cuán especial era yo? Las emociones empezaron a mezclarse dentro de mí. Un día lo negaba, otro día aceptaba el engaño. Y aquellos ruidos se mezclaban con los de las máquinas, que se hacían más nítidos. Consciente o semidormido oía el «tin, tin, tin; tan, tan, tan» de los aparatos, el «trac, trac, trac» de botones al ser presionados. Incluso noté que, detrás de los espejos altos del laboratorio, había salas donde hombres desconocidos me observaban. La doctora Soto iba a aquellos ambientes a explicar los avances del experimento. Era ella, desaparecía del laboratorio y la escuchaba ahí, hablando con esa gente desconocida, su voz grave era inconfundible. No podía ver a través de los espejos, pero la sentía a ella y a esas personas mirándome desde arriba, esperando que termine de convertirme en el monstruo que ellos necesitaban. Y luego la doctora bajaba, actuaba con normalidad y me decía «cómo estás, falta poco, paciencia», y yo deseaba creerle, pensaba que me estaba confundiendo, mas poco a poco fui aceptando que todo era una mentira, que yo no era especial, que era uno más.

Conforme fui aceptando la realidad, una grieta se fue abriendo dentro de mí. Una grieta que nació al centro de mi pecho y rajaba mi alma. Mi cuerpo flotaba en la cápsula, suspendido gracias a las agujas conectadas a todo mi ser, debajo solo estaba la plataforma, pero en mi mente se construyó un abismo bajo mis pies, un abismo al que deseaba caer, precipitarme durante minutos por un extenso vacío antes de morir, una caída en la que me sienta libre por lo menos durante unos segundos. Libre de acabar conmigo, de escapar de aquella opresión.

Y así estuve mucho tiempo, flotando sobre un abismo imaginario. Escuchando sus planes cuando estaba consciente, soñando cuando estaba

dormido. El dolor que sentía por ese engaño se fue transformando en furia y frustración. Ahora sentía que de mi corazón emanaba lava ardiente que surcaba por aquellas grietas de mi alma y llegaba hasta mis extremidades y mi cerebro. Los odié, odié a mis captores, a la corporación, al gobierno. Durante el último año de encierro fui pensando qué haría cuando me liberasen. ¿Dejaría que me siguieran engañando para vivir? ¿Ignoraría esa traición? ¿Intentaría vengarme? Había mucha seguridad, niveles, pisos. Ni siquiera de niño vi el exterior. ¿Cómo escaparía? ¿A dónde iría? Me atormentaba esa sensación de vacío, de no pertenecer a nada, y cada vez pensaba más en la muerte. Se volvió la primera opción que tomaría al salir de aquel lugar; sin embargo, un día escuché algo que me hizo cambiar de parecer, algo que encendió una llama de esperanza dentro de mí: hablaron de mi localidad, de mi madre y mis hermanos. Descubrí que nací en un distrito llamado Huamanguilla, en Ayacucho, y era el último de cinco hermanos cuando me secuestraron. Mi madre vivía sola, nunca supieron quién fue mi padre. Lo que necesitaba saber era mi apellido y para eso debía buscar los archivos donde se encontraban mis datos. Lo más probable era que se encontraran en las computadoras. Necesitaba forzar a alguien que tuviera acceso, amenazarlo y, tal vez, hacerle daño para que me diera la información. Ya no sentía remordimiento o culpa por agredir a cualquiera de ellos, todos los de la corporación eran cómplices de un crimen.

El último año que pasé en la cápsula fue el más agobiante, tenía que asentir a lo que me decían y fingir que no escuchaba lo que decían. Al principio tuve miedo de que me descubriesen, pero ellos cometieron un error: estimularon mis sentidos, mas no calcularon cuán agudo se volvió mi oído. Aprendí a entrenar esta nueva habilidad. Dejaron de mezclarse en mi cabeza los ruidos del laboratorio, de los ambientes adyacentes, de los murmullos en la sala tras

el espejo; enfoqué mejor lo que deseaba oír, entendí mejor las conversaciones. También aprendí a entrenar mi visión, distraía mis tardes de lucidez observando los ojos de la doctora Soto moverse al compás de las letras de su holopantalla. De vez en cuando levantaba la mirada y, cuando me veía despierto, sonreía. No hablaba en ese instante, pero casi podía oír su voz grave en mi cabeza diciéndome que ahora faltaba muy poco, que tuviera paciencia. Luego seguía trabajando durante horas, concentrada, solo se levantaba para dar indicaciones y salir a dar reportes a los tipos detrás del espejo.

No podía entenderlo, ¿por qué me engañaba? ¿Cómo una persona podía actuar con tanto encanto y esconder esa malicia? Esas sensaciones alimentaban mi furia y mi corazón se aceleraba. Al principio se preguntaban qué ocurría, por qué ese cambio repentino en mi ritmo cardíaco. Nunca lo descubrieron. Aprendí a controlar mis sentimientos, estaba encerrado, no podía hacer nada más que esperar el momento en que me liberasen mientras planeaba cómo buscaría mis orígenes. Y eso hice, esperé día a día hasta el momento en que la puerta de mi cápsula se abriría.

La doctora Soto esperó aquel día durante tres años. XY-87 era el mejor prospecto de aquel complejo científico, el único que evolucionó favorablemente ante aquellos estímulos tan invasivos. Era cierto, su cuerpo mostraba las cicatrices de aquel tratamiento, no quedaba casi nada de aquel chico que ingresó a la cápsula tres años atrás, pero aguantó, no falleció como tantos jóvenes que no resistieron. XY—87 se volvió la esperanza de la corporación Hydro, desde la central la llamaban constantemente para preguntar por él y sus jefes pidieron reportes hasta una vez a la semana. Él era

especial, todos lo sabían, y ella se sentía orgullosa por ello. Era la única jefa de laboratorio que había logrado crear un ser así.

Cuando el chico salió de la cápsula se mostró apacible, se vistió con el traje de la corporación y sonrió al poder hablar, caminar y respirar con libertad. Muchos temíamos su reacción, estar encerrado en aquella cápsula podía generar muchas sensaciones y, al fin y al cabo, era un ser superdotado. Por ello estuvieron presentes varios miembros de las fuerzas especiales disfrazados de científicos. Si XY-87 nos atacaba y tenían que abatirlo —como sucedió en otras ocasiones— habría sido una gran decepción para ella y para la corporación; sin embargo, nada de ello sucedió, el chico fue tranquilo a su habitación y empezó la tercera fase del experimento: probaríamos sus nuevas capacidades físicas.

Habían abierto mi celda, pero aún estaba en prisión. Una prisión de dimensiones desconocidas y ubicación incierta. Era un reo solitario, sin amigos, sin contacto con los otros reclusos. Solo los conocía a ellos: a los carceleros de blanco. Así pasé los primeros días fuera de mi cápsula. Me mostraba apacible y cumplía lo que me decían en silencio. En las mañanas realizaba trabajos físicos y medían mis sentidos: levantaba peso, corría en una cinta y nadaba en una piscina; en las tardes almorzaba frutos, vegetales, animales cocidos y luego tenía más clases con unos instructores que me enseñaban de historia, de la guerra, de la revolución, me decían que pronto elegiría a qué sector del gobierno pertenecería. Yo esperaba. Analizaba cada movimiento de mis captores, sus horarios, sus cargos. Pronto sabría quiénes son mi verdadera familia, a dónde tendría que ir cuando escapara de ese lugar.

Aquel día, la doctora Soto se dirigió a la habitación de XY-87 para realizar la verificación habitual; sin embargo, grande fue su sorpresa cuando notó que adentro no había nadie. Ella miró a su alrededor sorprendida, ¿por qué no le habían notificado que liberarían a XY-87? La doctora dio dos pasos hacia atrás y observó el pasillo. A lo lejos, detrás de un vidrio, distinguió la silueta de uno de los miembros de las fuerzas especiales que cuidaba aquel sector. Caminó hacia aquel lugar, abrió la puerta y soltó un grito ahogado. El guardia estaba muerto y se mantenía de pie gracias a una sábana que lo sostenía a una columna. Su cuello estaba roto, se lo habían apretado con tanta fuerza que marcas de sangre en forma de dedos delineaban su piel. Su arma había sido robada.

La doctora presionó la alarma que se encontraba al lado del guardia, pero esta no sonó. Apretó el botón con desesperación y no ocurría nada. XY-87 había escapado, de alguna forma estaba suelto en el complejo científico. Llamó a seguridad y al otro lado de la línea respondió una voz agitada.

«Ha matado a varios, uno a uno. Primero fue a las cámaras de seguridad, luego a la zona de archivos». Las fuerzas especiales lo buscaban para abatirlo. «¡No! ¡No! ¡Puedo hablar con él!» Gritó ella.

«Olvidalo, doctora. Debemos abatir a XY-87».

La doctora pensó y finalmente entendió lo que el fugitivo buscaba. No podía permitir que saliera del complejo científico.

Después de acabar con más de veinte personas, finalmente llegué a la última puerta del complejo científico. Empecé uno a uno, en silencio. Así conseguí la información que necesitaba, las tarjetas de acceso y las armas. Era más fuerte

y más rápido que ellos. Me costó trabajo, pero lo conseguí. Había llegado al umbral en donde descubriría lo que hay afuera de ese lugar.

Cogí la tarjeta de acceso y abrí la gran puerta principal. El brillante sol me dejó ciego por unos segundos, hasta que finalmente aprecié la vida. El inmenso cielo se abría sobre unos grandes cerros bañados de árboles. Sentí el calor del exterior, el aire puro, el sonido de las aves al cantar divertidas ignorando la masacre. Conocí al fin la selva peruana. Era cierto. Ahí estaba el laboratorio, escondido debajo de los árboles.

—Gustavo.

La inconfundible voz grave de la doctora Soto se alzó detrás de mí. Me di media vuelta. Estaba sola, no había ningún guardia junto a ella, no tenía ningún arma más allá de su voz. Miré con odio a quien me engañó por tanto tiempo y alcé el arma que había robado. Apunté directo a su rostro. Ella se acercó.

—No huyas. Afuera solo encontrarás sufrimiento. Quédate con nosotros. Quería decirle que la odiaba, que me sentí traicionado, más no podía. Mi voz no lograba hacerse paso entre tantas sensaciones. Debía matarla, lo merecía más que todos los guardias y científicos que asesiné. Mi dedo se posó en el gatillo y la vi por última vez. Una lágrima cayó sobre mi rostro. No pude. Bajé el arma. Me di media vuelta y empecé a correr. El camino era muy empinado, pero mis piernas tenían la fuerza para trepar. Corrí sin mirar atrás, corrí hacia el sur.

Encontraría a mi familia.

POSESIÓN

Por Edgar A. Villanueva Gallegos

Entes habitan nuestro plano, pero solo en contadas oportunidades —y cuando se cumplen ciertas condiciones casi imposibles de realizar—, es que pueden poseer el cuerpo de una persona.

Ellos vagan alrededor de nosotros, solo unos cuantos logran alterar nuestra realidad física: mover objetos e integrarse en nuestras vidas como sombras o alucinaciones.

Una posesión solo sucede cuando una persona se encuentra en una situación emocional muy inestable. Los entes que lo consiguen no son demonios ni seres sobrenaturales, al menos no en la forma en cómo los describen las religiones y las películas de terror.

Son entes que alguna vez tuvieron cuerpos físicos. Ellos consiguen llegar a nuestro mundo a través de puertas bidimensionales. Anhelan tener de nuevo un cuerpo, por eso deambulan entre ambos mundos buscando un «recipiente» mortal donde renacer.

Es casi imposible comunicarse con ellos, pues su capacidad de comprensión en ese estado espiritual es prácticamente nula. Responden a cosas básicas, se mueve por instinto.

Hay otros que sí nos entienden, tal vez porque en vida llegaron a convivir con nuestra especie o por algo mucho peor... que hayan sido humanos. Esto podría explicar algunos de los fenómenos de posesión documentados a través de los tiempos.

Los entes abandonan sus cuerpos al morir y vagan por las dimensiones. La realidad que perciben no es la misma que la de un ser vivo. Por eso desean

recobrar las sensaciones físicas a toda costa, lo que inevitablemente los hace llegar a nuestra realidad.

Estos carecen de orientación, el tiempo no tiene sentido para ellos. Viajan entre dimensiones y universos de manera constante sin siquiera notarlo. Avanzan de un lugar a otro, pues las puertas bidimensionales están a su disposición. No las buscan, solo las encuentran. Parece que pudieran invocarlas con la única finalidad de encontrar a alguien por poseer.

Cuando encuentran un cuerpo humano en condiciones de ser tomado, lo primero que hacen es intentar alejarlo de los demás. Deben aislarlo de la gente para iniciar con la posesión. Juegan con su percepción, lo aturden, buscan agotar su mente hasta que el cuerpo se rinde y entra en trance. Bajo estas condiciones la entidad gana más fuerza, naturalmente ya es más fuerte que un humano promedio, pero no físicamente. Su fortaleza radica en la capacidad para crear alucinaciones en la mente humana y doblegar su voluntad.

Cuando un ente que no ha sido un humano logra poseer a una persona, suceden cosas espantosas. El poseído empieza a hablar en lenguas extrañas, a querer ingerir cosas o insectos y dañarse. Se vuelve muy hostil a todo lo que lo rodea. Aleja a cualquier persona de su presencia, no reconoce la casa donde se encuentra como un lugar habitable, pues su especie original debió tener otro tipo de hogar.

Cuando un poseído logra huir de los humanos que intentan exorcizarlo, se esconde y aprende de nosotros. Lo hace muy rápido. Además, puede replicar la posesión y trasladar su ser a otro cuerpo, por lo que una vez que un ente logra escapar es casi imposible retornarlo a su forma espiritual.

Muchas de las personas que han sido poseídas terminan en sanatorios el resto de sus vidas o, en el peor de los casos, muertas. Esto porque el ser

tormenta a su huésped con imágenes mentales espantosas de lugares demoniacos, condenas crueles y seres grotescos de pesadilla.

Con un cuerpo físico a su completa disposición, las entidades más talentosas consiguen mezclarse entre nosotros. Se vuelven imposibles de detectar o reconocer. Quizá les es sencillo porque para ellos nuestra especie es simple, primitiva. Nuestras habilidades y costumbres sociales son fáciles de aprender y replicar. A sus ojos, somos seres básicos y respondemos a simples trivialidades.

Cuando un poseído no consigue escapar con el cuerpo de su huésped, se aferrará a él con todas sus fuerzas. Enfermará a su víctima, no le permitirá ingerir alimentos o dormir, hasta que tenga el control de la situación o consiga alejarlo de posibles exorcistas.

Si se ve involucrado en un enfrentamiento con algún representante religioso (por ejemplo: un clérigo), la entidad preferirá asesinar a su huésped antes de perderlo. Además, jamás lo verá como un igual, simplemente verá a su rival religioso como una molestia que intenta desalojarlo con palabras sin sentido. No son las cruces o el agua bendita, tampoco el rosario lo que lo irrita. Lo que lo enfurece es ser atado a una cama que le imposibilita escapar, ya que está limitado a la fuerza mortal de su huésped. Llevará su cuerpo al límite.

Cuando un ser que alguna vez fue humano consigue poseer a alguien, demorará un poco en comprender las cosas. En un par de días, reconocerá su nuevo cuerpo físico. Procurará complacer a su entorno y se esforzará por hacerlos creer que todo está bien, que solo estuvo ligeramente enfermo y ya se recuperó.

Los cambios en él no se verán de la noche a la mañana, en unos meses no se conformará con solo un cuerpo y buscará más. Su ambición será cada vez más desmedida, sus ansias de poder lo dominarán. Entonces, será muy tarde

para que sus seres queridos puedan identificar la posesión. Será imposible vencerlo. Pasará desapercibido entre nosotros.

No sabemos quiénes son y donde están. No podemos acusar a toda persona que haya tenido alguna extraña enfermedad de ser un ente, no podemos saber todo el pasado de nuestros amigos o parejas. Pero ahí están, algunos poseídos vagan por la tierra y no tenemos manera de saberlo. Probablemente, ya estén bien adaptados.

He ahí esta historia que quería contarte. Si conoces a alguien que reúna algunas (o todas) de estas características, te invito a hacer lo más adecuado por tu seguridad, la de tu familia y seres queridos: no los confrontes. Son muy hábiles con las palabras, podrán todo en tu contra. No permitas que sepan que ahora sabes lo que son. Lo mejor es ponerte a buen recaudo y alejarte lo más que puedas de ellos y de los lugares que frecuentan. Pues no existe poder más oscuro e indescifrable que el poder de lo desconocido.

PUERTO DE SOBREVIVENCIA

Por Eva Van Kreimmer

Tarde, siempre tarde. Para cuando encontramos el cuerpo ya estaba infectado de ratas. En esta ciudad seguramente llevaba menos de un día de ser atacado, pero había pasado el tiempo suficiente para que, estando herido o muerto, los vagabundos, otro tipo de ratas, lo hubieran encontrado y le hubieran robado todo aquello que tenía algún valor: prótesis, implantes, órganos, todo podía venderse en el mercado negro, sin preguntas y pagando en efectivo. Por eso, es el lugar ideal para deshacerse de un cuerpo, en menos de 24 horas no quedaba nada que sirviera para identificar a una persona.

Le pedí a Noir que se acercara y algunas ratas huyeron al verla, primero por el instinto natural de huir ante un depredador, y segundo por el miedo a lo desconocido. La felina lleva consigo un enlace neuronal antiguo marca Zostok, grande y tosco, muy difícil de ignorar, injertos metálicos que abarcan la mitad de su cabeza, ojo y oreja izquierdos incluidos. Algunos pensarían que es maltrato, yo digo que es supervivencia. Nadie en su sano juicio entraría caminando al «puerto de supervivencia», como llaman las sanguijuelas locales a este vertedero. Aquí solo se viene a morir, los asesinos aparecen en sus aerodeslizadores, arrojan su carga y desaparecen. Demasiado peligroso incluso para los creadores de muerte. Por eso Noir es la mejor opción para investigar, la felina es una cazadora por naturaleza, la más despierta de su camada, y antes de conectarla al enlace neuronal ya había sido entrenada para reconocer el olor de la sangre y los cadáveres humanos. Dicen que los perros tienen el mejor olfato, pero los gatos no están nada mal, y siendo honesto tienen mejor instinto de supervivencia. Si bien puedo controlar los movimientos de Noir,

salvo en momentos específicos, prefiero no hacerlo. Es una gata lista. Sabe cuándo pelear y cuándo correr, darle libertad de movimiento le ha salvado la vida muchas veces. En contraparte, siempre dejo abiertos los canales sensoriales, veo y escucho todo lo que Noir percibe, incluso a veces siento la agitación de su pecho cuando corre o la tensión en su musculatura cuando presiente una amenaza.

Noir merodea el cuerpo. Logro distinguir un poco de ropa interior, es un hombre, quizás de 1.80 o 1.90 metros, no muy corpulento, o al menos eso parece, no sé cuánto tejido muscular ha perdido en el estómago de las ratas. Inhalo con fuerza, es un acto reflejo, las sensaciones de Noir llegan directamente a mi cerebro, pero insisto en llenar mis pulmones de aire para pesquisar mejor el olor, es tierra, moho y sangre, no sé si está fresca, pero sé que no hay nada podrido. El cuerpo debe haber sido arrojado hoy, quizá ayer. Sospecho que es alguien que conoce el Puerto, hoy es día de limpieza. El mejor momento para asegurarse que cualquier evidencia desaparezca.

Presiono a Noir para que se acerque al rostro de la víctima, una rata le chilla al pasar por su lado, la han atacado en otras ocasiones, pero no hoy, hoy están demasiado ocupadas comiendo, saben que tienen poco tiempo antes de que su almuerzo desaparezca. Al tipo le ha ido bien, sus globos oculares han desaparecido, pero más allá de algunos rasguños, moretones y unas mordidas en su nariz, el rostro esta intacto, debe tener, o mejor dicho tenía entre treinta y muchos o cuarenta y pocos, un tipo joven, pero con edad suficiente para cometer errores que le costaron la vida.

Invito a Noir a abrir su boca, tiene la mandíbula apretada, y sorpresa. Pese a la carencia de todos los dientes frontales, sus muelas siguen ahí, y son reales. Una ironía actual es que puedes clasificar el estrato económico de las personas por sus dientes. Ni la avanzada tecnología ni la devastación de la humanidad

podieron arrebatarlos ese rasgo tan antiguo. Los vagabundos no tienen dientes, o si los tienen son muy pocos, maltrechos y con caries. Luego hay un grueso importante de personas que tienen implantes, dependiendo la calidad del material o lo sofisticado del implante puedes encontrar clase media humilde, trabajadores estatales y gente acomodada, luego están los injertos de diamante, rubí o perlas, cada uno más costoso que el anterior, que llenan la boca de los riquillos, pero existe un nivel mucho más alto, una dentadura natural, no puede ser vendida para uso, solo para colección de algunos fetichistas por eso no son populares, pero te indica que los dietes nunca se dañaron para necesitar implantes o injertos, gente de buena cuna y cuidada alimentación, personas con tanta plata que su muerte no podría pasar inadvertida. Estas muelas pertenecían a ese grupo.

Enciendo un monitor en mi guarida, busco en la base de datos policial, nada tiene la etiqueta de urgente en los casos de homicidios recientes, prendo una segunda pantalla, hace mucho que no veo televisión, incluso desde mucho antes de encerrarme voluntariamente en mi morada. Reviso las transmisiones locales y me centro en los noticiarios, aunque hoy en día no son más que otro elemento de entretenimiento que se centra más que nada en la farándula, el mundo está demasiado quebrado como para repararlo y es demasiado deprimente como para que se atrevan a mostrar los hechos reales. Así que pasó los canales con tal velocidad que apenas distingo lo que dicen, pero no necesito oírlos solo verlos. Entonces aparece, la imagen a media pantalla del rostro de un hombre joven. Richard Velois Grend, sobrino en tercer grado de Peter Grend, ya saben, el dueño de los parques Grend, unas pocas hectáreas en las afueras de la ciudad donde aún hay flora nativa y tiene el acceso restringido para su protección, y, por supuesto, para cobrarle lo mismo que sale una prótesis dactilar a aquellos que quieran respirar aire

natural y tengan el dinero para pagarlo. Parece que el joven Richi era un tiro al aire que disfrutaba de gastar el dinero de la familia sin ningún decoro, se embriagaba con destilados artificiales y tenía fama de irse de juerga por varios días. Así que nadie sospechó cuando desapareció, y por el tono jocoso de los reporteros que anuncian su ausencia, no tienen ni la menor idea de su destino.

Decido escanear las muelas con el ojo biónico de Noir para guardar el registro junto con la imagen de su rostro aún reconocible, pero solo he podido escanear un par de ellas cuando un estruendo ensordecedor espanta a la felina y a las ratas, son los limpiadores, así que todos trepan por las paredes lo más alto que pueden para resguardar sus vidas.

La forma en que se limpia el Puerto de sobrevivencia es un poco distinta a como se limpia el resto de la ciudad, en vez de tener esos armatostes con mangueras y cepillos que recorren las calles cada noche. Aquí una vez por semana en un horario indefinido, viene una suerte de aspiradora gigante que en su tosco cuerpo tiene un compactador y un incinerador. Aunque el puerto no es pequeño, la comunidad lo ve como un basurero, así que tienen solo seis limpiadores de gran envergadura y largos brazos para introducirse en los callejones, están viejos, oxidados y no han recibido una buena mantención en años, por lo que al avanzar emiten el estridente sonido del metal siendo torturado. Pese a esto, cumplen su función eficientemente y su aspirador posee tal potencia que incluso los vagabundos temen ser atrapados, porque si no era obvio, los limpiadores carecen de inteligencia artificial, es decir que no distinguen que es lo que limpian, no les importa si es orgánico o metal.

Gracias a los ojos de Noir veo como el cuerpo de Richard desaparece entre la maquinaria llevándose toda la evidencia, dejando solo manchas de sangre, paredes de metal cubiertas de óxido y mugre tan adherida al suelo que aquellos que no saben que el piso está recubierto con hierro jurarían que es parte de él.

Sospecho que es obra de policías. No es el primer cuerpo que encuentro de clase alta, para ser honesto es el cuarto, todos de la misma forma, arrojados sin ser vistos el mismo día o horas antes de la limpieza. Para lograr aquella coordinación se necesita de información clasificada, que yo poseo porque soy policía y esta es mi zona de trabajo, pero conozco mi oficio y a mis colegas, nadie recto llega muy lejos, los más tontos son carne de cañón para las protestas y los más listos o experimentados, como yo, terminan en basureros como estos, trabajando tras pantallas y haciendo informes y registros de casos que nunca se resolverán.

<<Deben ser policías>>, repito mientras veo el limpiador alejarse y le ordeno a Noir regresar a casa. Solo los policías son tan listos como para hacer las cosas simples, un ajuste de cuentas y la posterior limpieza, modestia aparte, es el mejor oficio en la actualidad, aún degradado es posible vivir tranquilo, nadie ataca a un policía, de alguna forma pasamos de ser guardianes a convertirnos en el depredador natural, la gente nos teme y nosotros los cazamos.

Noir entra por su puertilla, interrumpiendo mis pensamientos. Se sube a mi regazo, o a lo que queda de él, hace mucho que mis piernas no reaccionan, accidente laboral le llamaron, no sé si dejarte sin refuerzos en una zona roja puede considerarse accidente, pero aquí estoy postrado en esta silla, odió esta silla, pero al menos sirvió de excusa cuando quise empezar a trabajar solo, no confió en esas víboras, venderían a su madre por un poco de poder, ya no hay lealtad, no para mí. Acaricié a la felina y estoy por enviarla a descansar, cuando algo llama su atención, en lugar de usar el enlace neuronal volteo y busco lo que miran sus ojos, es una rata, en la pared detrás de mí a aproximadamente un metro de mi cabeza. Detesto las ratas y probablemente ellas también me detestan a mí porque rara vez veo alguna en la guarida, supongo que el aroma

a gato las espanta, pero no a esta, de hecho, parece devolverle la mirada a Noir sin mostrar la menor señal de intentar huir. Quizá, el miedo la paraliza.

—Sácala de aquí —le ordeno a Noir.

La felina trepa rápidamente en dirección al roedor, por lo que este corre hacia abajo, baja por las salientes de la pared y termina sobre mi pierna derecha. Pensé que solo me usaría como herramienta en su huida, pero se detiene en mi rodilla. Hay algo extraño en esta rata, siento que me mira a los ojos. Intento atraparla con una mano, pero me muerde un dedo, me suelto y mi instinto me llama a golpearla, pero es demasiado rápida, antes de que pueda evitarlo se introduce en mi camisa. Veo a Noir confundida sin saber qué hacer.

—Sácala de aquí —repito alarmado, y la felina salta sobre mi pecho.

En el forcejeo la rata muerde la base de mi cuello, cerca de la clavícula y la arteria yugular, empiezo a sangrar. Intento no entrar en pánico, pero muerde de nuevo, sospecho que quiere entrar a mi cuerpo para huir de Noir. Intento sujetarla, pero mi propia sangre vuelve su cuerpo resbaladizo. Sospecho que podría acabar conmigo, Harlem el flamante detective asesinado por una rata, accidente laboral dirá el informe del forense, si es que encuentran mi cuerpo.

Noir sigue peleando, muerde a la rata y le arranca un poco de piel. Entonces lo entiendo, no es una rata, al menos no una cualquiera, los implantes de metal delatan un enlace sensorial, más tosco que el de Noir, seguramente artesanal, pero mejor camuflado. Sigo sangrando y sé que no me queda mucho tiempo, me siento un idiota, la rata siguió a Noir, alguien llevaba tiempo buscándola, buscándome. El cuerpo era una trampa para encontrarme, quizá todos los cuerpos lo fueron, no le sé. Empiezo a desfallecer, desearía correr y buscar ayuda, no puedo. Presiento que no me queda mucho tiempo, pero al menos tengo una certeza: no es un policía, es una rata cazando a su depredador.

El vacío se reflejaba en la abarrotada vista que tenía Cosme desde su escritorio. El cerro Manquehue, con su particular similitud a un volcán, permanecía oculto bajo cientos de edificios y estructuras habitacionales que lo rodeaban. El mundo se quedaba sin espacio, sin oportunidades, sin trabajo, sin sentido, permaneciendo inmutable al dolor de muchos. Era una realidad difícil, en donde la felicidad no alcanzaba a durar lo suficiente como para insuflar la vida suficiente. Las calles santiaguinas se habían adaptado al enorme flujo de peatones, construyendo rampas de hasta tres pisos para distribuir a todos los transeúntes. Humanos y extraterrestres convivían con aburrida armonía en una megalópolis que se había extendido hasta lo impensable. Las calles también mutaron, habilitando carriles subterráneos para permitir mayor fluidez a la marea automovilística.

Los pasos de Benet resonaron en el suelo de madera sintética. Se estaba preparando para marcharse a la oficina, mientras que Cosme, cesante, se quedaría en su escritorio con su procesador encendido y un documento en blanco. Hacía días que no cruzaban palabras, la relación se desmoronaba y lo peor de todo, era que Benet resultaba ser lo único que le quedaba. Su último pilar. Cosme se demolía por dentro, pero no podía darse el lujo de expresarlo, al mundo no le interesaba, no había tiempo.

Cuando Benet se fue esa mañana, Cosme quedó desolado, acompañado solo por el eco vagabundo de su aliento, así fue durante varios minutos, hasta que su comunicador personal resonó. Lo tomó sin mucho ánimo, creyendo que sería un mensaje más de ofertas que no le interesaban, o cobranzas que evitaba. Su estómago apretujado se relajó cuando leyó quien lo enviaba.

Cosme caminó como un fantasma por la rampa más alta de su calle, la gente que lo rodeaba, apresurada por llegar a sus destinos, lo esquivaban sin siquiera verlo con el rabillo de la mirada. No era el único invisible, refugiados en esquinas, entre paredes exteriores de edificios de concreto, cientos de vagos intentaban sobrevivir a la ferocidad del mundo civilizado. Cosme no los envidiaba, tampoco lo lamentaba por ellos, así era la vida.

A pesar de estar a solo unas cuerdas de su departamento, Cosme tardó veinte minutos en llegar a la cafetería donde se encontraría con Lisbeth. Su historia con ella era una montaña rusa: a veces se amaban, otras, se detestaban, pero se habían aprendido a soportar así. Cuando cruzó la puerta del local, la distinguió con facilidad, sentada en un sillón alto, junto a una mesa baja y cercana a la ventana. Su tez blanca y pelo negro liso contrastaban con los tonos cálidos de la cafetería. Era una mujer hermosa, pero de alguna forma u otra lograba proyectar un halo venenoso.

—¿Cómo sabías que estaba mal? —le preguntó Cosme, con una sonrisa chueca al acercarse.

—Porque te conozco, y siempre estás mal —respondió ella, estirando los brazos y atrapando a su amigo—. ¿Me vas a contar que pasó ahora, o vas a jugar al hombre misterioso?

—Adivina...

—No me la haces fácil, ¿ah? Ya, anda por un café, yo invito.

Se acercó a la barra, allí el alíen barista le sonrió, coqueto, mientras tomaba su pedido. Cosme se sintió agradecido de no perder su atractivo, a pesar de las noches de insomnio y la incertidumbre que lo devoraba, pero sus ojos estaban fijos en un solo hombre.

Cada vez que pensaba en su pareja se sentía privilegiado. Benet era, a su juicio, el hombre perfecto. Su belleza no tenía comparación, a pesar de sus diez años de relación sentía que cada vez que lo miraba, su deseo y admiración lo embriagaban de la misma forma con la que lo habían hecho el primer día. Se sabía dependiente de él, pero no le importaba. Era un fiel creyente que tener una pareja era lo más importante en el mundo, era la base desde donde construir el resto de las cosas.

Regresó a la mesa con su capuchino y sintió la mirada escrutinadora de Lisbeth. Tomó asiento, fingiendo que no se daba cuenta, mientras posaba su mirada en el ventanal, perdiendo su vista en la variada multitud que recorría las calles. Su amistad con Lisbeth era más antigua que su relación con Benet. Amigos desde el colegio. Ambos conocían los secretos más oscuros del otro.

—Mmmm... Esto no tiene que ver con la cesantía, ¿cierto? —la voz de la mujer era suave, pero con un dejo de orgullo que demostraba lo feliz que se sentía al conocer tan bien a su interlocutor—. Los dos sabemos que está difícil para todos, la sobrepoblación no le hace ningún favor al mercado laboral.

—Benet me dijo que se quería separar.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ayer en la noche —tomó el primer sorbo de su café, sintiendo el sabor amargo del brebaje. Se le había olvidado colocarle edulcorante, pero no tenía ánimos de levantarse para corregirlo.

—¿Te dio alguna razón?

—Muchas... Demasiadas, en realidad. Mi cesantía, por un lado, falta de sexo, por otro. Según él, la rutina mató la forma en la que me percibía. Ya no me ve como su pareja, sino como un hijo.

—Cosme, ya hemos hablado de eso. Tú sabes que estoy de tu lado, pero si él trabaja y además hace las cosas de la casa, es como injusto, ¿o no?

—¿Y qué quieres que haga? Con suerte tengo ganas de levantarme.

—Eso se llama depresión, y deberías tratártela.

—Si tuviera la plata, lo haría.

Ambos se quedaron en silencio, bebiendo de sus bebidas para darse un momento de respiro. Intentando escapar del asunto, Cosme volvió su mirada nuevamente hacia la indiferente multitud que caminaba al otro lado del vidrio, bajo el suave frío de los primeros días de otoño, perdidos entre árboles artificiales, hologramas y edificios.

—¿Y qué quieres hacer? —retomó Lisbeth, dejando su vaso de lado.

—No sé, es que, si lo pierdo, siento que me voy a morir.

—Entonces no lo pierdas —su amigo la observó con una obvia pregunta en su rostro—. Tengo algo que te puede servir, pero no es estrictamente... ¿Cómo decirlo?

—¿Legal? —completó en un tono más bajo Cosme, conociendo el motivo de porque su amiga poseía ese tono macabro que a tantos solía molestar. Ella afirmó con una sonrisa arrogante.

—¿Te acuerdas de que mi marido y yo pasamos por lo mismo hace algunos años?

—Sí, nunca me contaste cómo lo solucionaron.

—Bueno, ahora lo vas a saber.

Lisbeth sacó de su bolso una tarjeta metálica de color gris oscuro, sin ningún grabado en ella. Estiró su mano pálida y se la pasó a su amigo. Este la miró desorientado.

—¿Es uno de tus contactos? —ella no respondió, se limitó a beber otro sorbo de su café—. ¿Y qué hago?

—¿Te lo tengo que explicar todo? —ella bajó un poco más su voz y estudió las mesas a su alrededor. Los demás clientes estaban demasiado

ocupados con sus vidas como para importarles las de los demás—. La acercas a tu comunicador personal y hará una llamada automática a un número encriptado. Cuando te respondan, solo tienes que decir Vamarito.

—¿Vamarito? —repitió innecesariamente Cosme, observando atentamente el misterioso objeto.

—Sí, y no se te ocurra buscarlo en internet, o te vas a arrepentir, pero si confías en mí, te vas a dar cuenta de que es la mejor solución.

—¿Llamo ahora?

—¡No, cómo se te ocurre! Llama en tu casa, sin que Benet sepa —sentenció en voz baja, regañándolo.

Cosme volvió a beber su café, esta vez sí regresó a la barra para colocarle endulzante. Con esperanza, le retornó la sonrisa al barista, pero en su mente, le sonreía a Benet. Sentía que su cuerpo recuperaba fuerza, al sentir una luz de esperanza después de tantas puertas cerradas, tenía la clave para salvar su relación, y eso aliviaba toda la carga.

Cuando regresó al departamento, el sol se había terminado de esconder, dejando al valle de Santiago en prematuras tinieblas. Benet no llegaría de regreso en varias horas más, ya que desde hacía meses que retrasaba su regreso a casa. Sus nuevos hábitos después del trabajo solían incluir una visita al gimnasio y luego un escape a un bar para juntarse con sus amigos. Cosme se había preguntado si acaso no ocultaba algún amante entremedio de su apretujada agenda. La idea se tornaba más dolorosa cuando recordaba que no hacían el amor desde hacía varios meses. Suspiró angustiado, pero seguro de querer hacer cualquier cosa por salvar su relación. Tomó su comunicador, un aparato delgado como una hoja de papel, pero firme como el metal. Le acercó

la tarjeta electrónica. Su pantalla pareció ser presa de una falla momentánea, pixelando la foto que tenía de fondo de pantalla, donde salía abrazado con Benet en unas lejanas vacaciones, para luego mostrar la interfaz de llamado. Instintivamente, Cosme se acercó el aparato a la oreja y escuchó el tono de marcado. Tras unos cortos minutos, una voz masculina suave, pero profunda le respondió.

—Importaciones interplanetarias ¿en qué puedo ayudarlo?

—Vatamari.

—Disculpe, pero creo que se ha equivocado.

—Perdón, Vamarito, sí, eso era.

—No hay problema. Venga a la dirección que le he enviado en pantalla en una hora.

Tomar un taxi automático fue más lento de lo que esperaba, por suerte, las largas hileras de automóviles se movían con placentera fluidez, por lo que la espera no se extendió por mucho más. Se apresuró al ingresar, una vez que el vehículo pintado de amarillo y negro se detuvo a su lado. El interior de la cabina era cómodo, los asientos estaban recubiertos por cuero sintético color crema, el aire rebasaba con el olor a lavanda, mientras que los gruesos vidrios aislaban el excesivo ruido exterior. Una voz metálica proveniente de un parlante junto a su asiento le preguntó su destino, a lo que el respondió intentando no equivocarse en la dirección que le habían proporcionado.

Su comunicador no guardó ningún registro de la llamada, tampoco del mensaje con el destino, era como si se hubiese contactado con un fantasma. La voz robótica le preguntó si estaba seguro de querer ir al lugar indicado, a lo que el pasajero confirmó, enseguida, un panel en el apoyabrazos del asiento se

abrió, y la vocecilla le exigió un documento de identidad que acreditase su edad. Sacó su ID y lo introdujo en el lector. Al comienzo no había comprendido la razón y creyó que incluso el taxi estaba coludido con aquel misterioso proveedor de soluciones. Con el paso de las calles y avenidas descubrió que la computadora del taxi lo dirigía a un barrio rojo.

Las luces de neón no pasaban de moda, incluso con los avances tecnológicos disponibles, aquellas luminarias le daban un toque particular al céntrico barrio Madrid. Sus casas de un piso y edificios patrimoniales habían sido modificadas para albergar sobre ellos enormes torres de concreto y vidrio. Las pasarelas peatonales lucían repletas de todo tipo de transeúntes, luces y colores. Humanos y extraterrestres, de diversas edades y colores, recorrían aquel nodo turbio de la capital chilena, en búsqueda de placeres y enseres prohibidos.

Cosme nunca había estado allí antes, pero conocía el barrio por las innumerables noticias que los medios de comunicación locales más conservadores. Cada cierto tiempo le exigían al gobierno de turno cerrar el lugar, pero eso no iba a pasar, muchos políticos solían visitar el emblemático distrito. El taxi dobló por una calle más pequeña y tras internarse en una serie pequeños pasajes, se detuvo anunciando el arribo al destino. El contraste allí era notorio, las rampas se mostraban casi vacías y repletas de basura, el eco lejano de la música y las conversaciones de la calle principal retumbaban con lejana indiferencia.

Con la vista buscó la numeración y tras identificar el lugar, se acercó y llamó, golpeando con una mano el metal frío del portón negro. A los pocos segundos lo recibió una mujer pálida de pelo rosado, lo miró extrañada, estudiándolo de arriba abajo. Cuando ella estaba a punto de abrir la boca, un hombre pequeño y algo deforme se abrió paso desde dentro.

—Usted debe ser el que me llamó hace un rato —Cosme reconoció la voz, suave y profunda—. Por el atraso pensé que era una trampa. Disculpe a mi compañera, pero uno nunca puede ser más precavido. Ya lo había visto por las cámaras, así que todo bien —esto último iba dirigido a la muchacha de pelo teñido, la que se apartó para dejar pasar al cliente.

El lugar era un enorme galpón, rebosante de objetos de origen terrestre y extranjero repartidos en diversas repisas metálicas, en medio de la estructura y rellenando aún más el panorama, descendían del techo innumerables pilares de concreto, encargados de sostener los numerosos pisos del edificio que se había alzado sobre él. En medio del caos, estaban otros seres como su anfitrión, trabajando en silencio. Se percató entonces que todos ellos no eran humanos, si no que extraterrestres. Sus facciones eran más o menos similares, narices, orejas y boca pequeñas, en contraste con dos enormes ojos amarillos. Caminaban de forma curiosa, como a medio danzar, o al menos eso creía Cosme. Siguió a su guía hasta una oficina decorada con dos sillas separadas por un escritorio de madera negra, las únicas fuentes lumínicas eran la lámpara que colgaba del techo y una ventana que daba al interior de la bodega, permitiéndole al mandamás vigilar constantemente la mercancía y a sus trabajadores.

—Así que, viene por un Vamarito —dijo el pequeño anfitrión, indicándole con un gesto que tomara asiento—. ¿Sabe cómo usarlo?

—No —confesó con vergüenza—. Ni siquiera sé lo que es, vine porque una amiga me lo recomendó...

—¿Se sorprendería si le dijera que la mayoría de nuestros clientes llegan de la misma forma? —hizo un gesto hacia la puerta y enseguida apareció otro de su especie. El jefe le dijo algo en un idioma que el terrestre no pudo comprender y sin cuestionar nada, el trabajador salió.

—¿Cómo me va a hacer el pago? —la pregunta sorprendió a Cosme, quien esperaba un trato más tradicional.

—¿Con qué métodos cuenta?

Fueron interrumpidos por el asistente que entró caminando con dificultad. Entre sus manos traía un enorme frasco de vidrio, el que lucía sucio y viejo. Lo puso sobre la mesa y fue allí cuando Cosme descubrió la naturaleza de aquella recomendación. Tras el cristal, permanecía confinado un rechoncho insecto extraterrestre, de piel blanca cubierta por una delgada capa de mucosa, múltiples patas, ocho diminutos ojos negros y una mandíbula de aspecto poco amigable. Inevitablemente, Cosme lo comparó con un símil terrestre, percibiéndolo como una versión diabólica e hipertrofiada de un ciempiés.

—No le tenga miedo, por favor. Es inofensivo cuando se le usa correctamente —dijo el hombre, mientras estudiaba la expresión en la cara de su cliente, una mezcla de terror y asco—. En todo caso, lo que usted necesita es un Vamarito recién nacido.

El empresario removió la tapa del contenedor y metió la mano. Con los dedos rascó el lomo de la criatura alienígena, removiendo un pequeño trozo de piel. Sorpresivamente, el enorme insecto parecía no sentirse ofendido por aquel gesto, es más, parecía no haberle importado para nada. Enseguida, el contrabandista tapó el recipiente y mostró la mercancía: una versión miniatura y menos amenazadora del aterrador insecto que se paseaba por su palma con torpeza.

—Esta es una larva. Si encuentras la forma de administrárselo al portador que tú elijas, este bribón se abrirá paso hasta el cerebelo, permitiéndote controlar a quien quieras por unos cinco años. Después saldrá de su huésped cuando vaya al baño, sin que nadie lo note. Luego, buscará un lugar oscuro y

seco, donde hibernará para alcanzar el tamaño de un adulto, como el que está en el frasco —ignorando la expresión de idiota que tenía Cosme, el vendedor prosiguió—. Vale recalcar que su uso debe ser discreto.

En silencio, Cosme se mantuvo estudiando al parásito extraterrestre que reptaba con lentitud, sin un rumbo fijo. Le costaba creer que en tan pequeño animal se encontrase la respuesta a su temor más grande. El comerciante parecía comprender el dilema de su cliente, y evitando que se arrepintiera, quebró el silencio.

—Esta es una oportunidad única. Hasta donde sé, solo yo tengo uno de estos bicharracos en Chile. Conseguirlos es extremadamente difícil. Estos insectos son nativos del planeta Trymudia, a más años luz de los que usted y yo podemos imaginar. Este es un producto muy exclusivo.

—¿Hay algún efecto adverso?

—Algunos, pero su tasa de ocurrencia es baja. Uno de cada cien casos presenta pérdida de memoria y desorientación, en todo caso, es solo por algunos días. Pero creo que hay un efecto que te podría interesar, es algo curioso, pero ocurre cuando dos personas que hospedan Vamaritos habitan cerca, pero yo no lo llamaría efecto adverso.

—¿A qué se refiere?

—Si dos personas conviven mucho tiempo juntas, y cada una hospedando uno de estos animales, se comienza a crear un vínculo único de dependencia que puede perdurar hasta incluso después de la fecha límite.

—¿Y el valor?

—Eso es conversable —los ojos excesivamente grandes del vendedor se posaron con malicia sobre Cosme, a sabiendas que había captado su interés—. ¿Entonces, se lo va a llevar?

Sintió la puerta cerrarse con un golpe suave. Benet había regresado. Con el encendedor en mano, se apresuró a darle los toques finales a su decoración. La mesa lucía elegante con las dos velas largas y de color púrpura que complementaban el mantel y las servilletas, además de la cristalería fina y la cuchillería que guardaban para momentos especiales. Activó la llama y encendió las candelas.

Siguiendo el sonido de los pasos, se apresuró a refugiarse en la cocina, sintiendo una emoción infantil. Escuchó cómo el oficinista suspiraba, frustrado, acostumbrado a los intentos pasados de Cosme por demostrar una notoria mejoría con conductas que no lograban extenderse a un par de semanas. Cosme fingió una practicada indiferencia, mientras servía el tomatacán en los platos hondos.

—¿Cosme? —llamó en voz alta Benet desde el comedor, en un tono que delataba su molestia—. Cosme, tenemos que hablar.

—Siéntate a cenar, yo ya voy —con sigilo, el cocinero sacó el diminuto frasco de vidrio para condimentar con algo especial la cena.

Al sentir la presencia de Benet tras él, se volteó con una sonrisa practicada que luchaba por ocultar su maligna intención. Estudió la cara de su compañero, buscando algún indicio de sospecha, pero la expresión cansada del oficinista parecía no notar nada sospechoso.

—Te hice tu favorito, ven vamos a sentarnos.

—No tengo hambre, me voy a ir a acostar —Benet se volteó, dispuesto a marcharse, pero Cosme lo agarró de un brazo y lo detuvo, girándolo para que quedase frente a él nuevamente.

—No, no te voy a dejar, me pasé la tarde entera desgranando el choclo orgánico para hacerte el plato, así que lo mínimo que puedes hacer es sentarte y probarlo.

—¿Para qué? Los dos sabemos hacia dónde va esto. Para, por favor.

—Lo sé, pero ni siquiera te pido que conversemos, solo comamos y ya.

Reconociendo su derrota, Benet tomó asiento, con los hombros caídos y los brazos pesados, sin ánimos de pasar por aquel momento. Cosme sirvió, ocultando la mezcla de nervios y ansiedad. Al sentarse, el cocinero luchó por dejar de mirar expectantemente a su pareja, y se enfocó en su plato. Con el rabllo de su mirada, notó como Benet alzaba la cuchara y el ruido agudo del cubierto al tocar la loza le confirmó que todo había salido como él planeaba.

Cosme se armó de valor, y cerrando los ojos, probó el guiso. Enseguida notó como un sabor amargo invadía su boca. De pronto, sus músculos se entumecieron, y en cosa de segundos dejaron de responder. Le sorprendía lo rápido que el parásito se movía dentro del cuerpo, esperaba que el efecto tardase un poco más. Fue imposible no sentirse incómodo, al verse presa de la poca comodidad que ofrecía un cuerpo que no estaba bajo su control, pero se aterró aún más al escuchar la voz de Benet.

—¡Cosme, este plato tiene un gusano!

Benet no había siquiera probado el tomatacán. Con horror, Cosme pudo sentir como la comida se le caía de la boca, mientras que su cuello permanecía tieso en una posición dolorosa, luchando con sus ojos que apuntaban sin parpadear al techo. Oyó cómo el oficinista se ponía de pie y se le acercaba, notoriamente asustado.

—¿Cosme? ¿Estás bien? ¿Cosme? ¡Vamos, muévete! —lo escuchó murmurar algo sobre un posible shock, debido al mal estado de la comida. Buscando una razón que le otorgara lógica a una situación descabellada.

Chasqueó los dedos en un intento por hacerlo reaccionar—. Te voy a tener que llevar a la clínica.

A pesar de no poseer control alguno de su cuerpo, Cosme mantenía sus sentidos, por lo que sí podía sentir los brazos de Benet intentando levantarlo de su asiento, pero su cuerpo era peso muerto y los esfuerzos resultaron ser vanos. De pronto, Cosme volvió a moverse, como si nada hubiera pasado. Benet lo miró extrañado, incapaz de comprender qué acababa de ocurrir.

—¿Qué me ibas a decir? —Cosme sintió un pinchazo en su cabeza, pero fue incapaz de expresar su dolor. Se lo adjudicó al insecto, accediendo al conocimiento que albergaba su cerebro. Aquella idea aterradora, pudo explicarle momentáneamente, como es que aquel invasor era capaz de articular palabras en un idioma que desconocía.

—¿Qué fue eso?

—¿Qué cosa?

—Eso. Te quedaste como en blanco. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

Los ojos de Cosme lucharon por expresar su dolencia, pero su propia boca lo ignoraba. Acongojado, se enfocó en su Benet, el que se mantenía en silencio, rumiando todo lo que había pasado. Tras una larga pausa, el oficinista volvió a mirar su plato, siguiendo con la vista el diminuto gusano blanco, que se revolcaba con placidez sobre los ingredientes del tomatácán.

—Si esto es un juego, para vengarte o qué mierda sé yo, déjame decirte que estás perdiendo el tiempo —volvió a quedarse en silencio, para luego abrir la boca y arrepentirse enseguida. Negó con la cabeza y agregó—. ¿Sabes qué más? Te vas a ir hoy, hoy mismo.

—¿A dónde? —sentir su lengua, moverse de manera involuntaria, fue la primera muestra de lo que le deparaban cinco años de posesión.

—¿Qué sé yo? A la casa de tus papás, me imagino, pero te vas —sentenció Benet, encolerizado y apuntó con un dedo en dirección a la salida.

Con impotencia, Cosme sintió cómo su cuerpo obedecía las órdenes que Benet le había dictado. Sus dedos se abrieron, soltando la cuchara, enseguida se colocó de pie, y sin poder decir nada más, comenzó a caminar hasta el elevador. Sintió nuevamente el dolor en su cabeza, e imaginó el gusano intentaba localizar en los recuerdos la dirección comendada. Quiso gritar, pero su boca se mantuvo sellada. Caminando sobre una pasarela desolada, sintió el abrazo cruel del frío y llorando por dentro, comprendió que ya era una realidad, Benet y él ya no estaban juntos.

GAJES DEL OFICIO

Por Pablo Espinoza Bardi

—¿Gwahahaha. It's so cute how you get all angry
and upset... can't you take a little teasing?—

GUNNM: ALITA BATTLE ANGEL

Son tiempos oscuros, mi amigo. La tecnología se enraizó en nuestra sociedad, en la mayoría de nuestros organismos. La technoadicción subyugó a la población al punto de esclavizarla por completo, algo que se venía acrecentando desde la fomentación del transhumanismo. Y luego la maldita nave ciudadela, como si los seres que nos gobiernan desde las sombras hace siglos preparasen el camino para convivir con esta raza interdimensional... en fin, lo importante es arreglárselas como uno pueda. Somos la mugre; engendros con partes de metal, tejidos y circuitos, el último bastión de lo que fue la posthumanidad. Sin embargo, de algo hay que vivir en estos tiempos, sacar provecho de lo que tienes a la mano. Desde que parte de la ciudad fue evacuada y unos tantos se establecieron en las periferias, el terror forma parte del diario vivir, y en ese contexto cualquier sitio puede ser llamado «hogar». Por ejemplo, en este galpón tengo el espacio suficiente para trabajar tranquilo. Pero claro... qué sería de mi vida sin ti, Buck. A la larga todos deben tener un compañero: para conversar, reírse, ver películas... para mantenerte aquí, cuerdo, hablando estupideces para pasar el día. ¿Cómo dices? Sí, es verdad, no me canso de hablar del oficio, es lo que me gusta, ¿sabes? Nací para esto.

Los Refaccionados son fáciles de cazar, pues es gente común y corriente que vive en la periferia, en los barrios bajos o en cualquier tipo de suburbios.

No hay mucha adrenalina en esto. La parte más pesada del trabajo es separar las piezas de la carne. Con los órganos internos no tengo problemas. Un corte por aquí, otro por allá, metes la mano, buscas y tiras con fuerza. Así de simple. Con las córneas es lo mismo. Algo de presión, jalar y listo. Incluso la sustracción del órgano se puede hacer en la misma casa del «proveedor» o en algún callejón o sitio eriazo. El viejo Chang paga buen precio por las córneas, y las hermanas Manson tienen cierta predilección por las lenguas sintéticas y carcasas con residuos cerebrales. También, algunos clientes de la misma nave ciudadela vienen cada mes por órganos y prótesis. Pagan por esas porquerías hechas en indonesia o por marcas de tipo prime. Por eso los de mi rubro me llaman Tío Carroña. Todo es negocio, nada se desperdicia.

El rubro es difícil. Cada día aparecen nuevos cazadores, pero la experiencia es la que te da la garantía con tus empleadores o clientes. Y tengo buen ojo para este negocio, o sea, a la hora de detectar la materia prima no me tiembla la mano, si saben a lo que me refiero. Existen algunos que lo hacen por necesidad y no tienen la fuerza de seguir y se ponen a lloriquear a medio camino, mientras el Refaccionado se desangra a sus pies. Lo he visto, no miento, tengo años en esto.

Tranquilo, Buck. Lo sé, estoy algo ebrio y tú eres el único que me escucha... ten paciencia, no salgas... sabes que es peligroso aventurarse a estas horas de la noche, sobre todo cerca del área perimetral.

¿Acaso no recuerdas lo que sucedió hace unos días? Una de esas mucosidades emergió de la nada. Era cerca de la medianoche. ¡Siempre salen de noche! Son como plasmas rojizos y la sangre les fascina. Atacan todo lo que la posea y odian la electricidad, pero el niño no acató las advertencias y la gelatina lo absorbió. A los minutos, restos de piel y huesos humeantes fueron escupidos al pavimento. Nada agradable de ver, incluso en infrarrojo. Pero

bueno, no quiero desviarme del tema principal, pues como te decía; lo más difícil es separar las piezas de la carne.

Hace unos meses tuve una brillante idea. Se me ocurrió un “truco” cuando cocinaba. Mientras le sacaba el pellejo y la grasa al pollo para meterlo a la olla, pensé en ejecutar el mismo proceso, pero con un humano Refaccionado, pues cuando la carne está cocida es más fácil retirar el hueso. Se despega de inmediato, sin mucha fuerza.

Entonces puse unas cadenas con ganchos y unas poleas aprovechando el gran espacio que tengo en este lugar. Luego, sujeto las cadenas y el gancho a los pies. El cuerpo es levantado y sumergido en un tambor con agua hirviendo, y pasado unos cuarenta minutos se saca, se coloca sobre una mesa y se procede a retirar la vértebra, el fémur, la rótula o cualquier hueso de plástico carbonatado.

¿Ves qué fácil es? Esta pieza se desprendió de inmediato. Una hermosa espina dorsal con cráneo incluido, «ConVex», buena marca, de esas rarezas que hacían en Canadá. Hoy es nuestro día de suerte, Buck. De alguna manera ambos ganamos y es lo que me agrada de este oficio. Yo me quedo con los órganos... y tú, con la carne.

ÍNDICE

PRÓLOGO	07
Dai N. Castillo	
PLASMATRÓN	08
Ariel S. Tenorio	
EL ROJO VERDADERO	13
Shonen Bat	
TEMUCO 2067	19
Jesús Todemun	
ERASED	33
Connie Tapia Monroy	
CREACIÓN COLECTIVA	39
Dara Hincapié	
NOS LLEVAN	51
Augusto Murillo de los Ríos	
NO LIGHT	63
Gaspar Paredes	
REQUIEM: EL FESTÍN DE LOS RECUERDOS	70
Eddie Mordred	
UN ERRANTE ALEATORIO	73
Hamev	
EL EXPERIMENTO	82
Carlos Echevarría	
POSESIÓN	92
Edgar A. Villanueva Gallegos	
PUERTO DE SOBREVIVENCIA	96
Eva Van Kreimmer	
JUNTOS	102
Javier Fontecilla	
GAJES DEL OFICIO	116
Pablo Espinoza Bardi	

Este libro se terminó de imprimir el 14 de julio del 2024

Día en que se conmemora La toma de la Bastilla.

KANEDA-003 x ZAWARUDO-009

SPEEDWAGON 2024